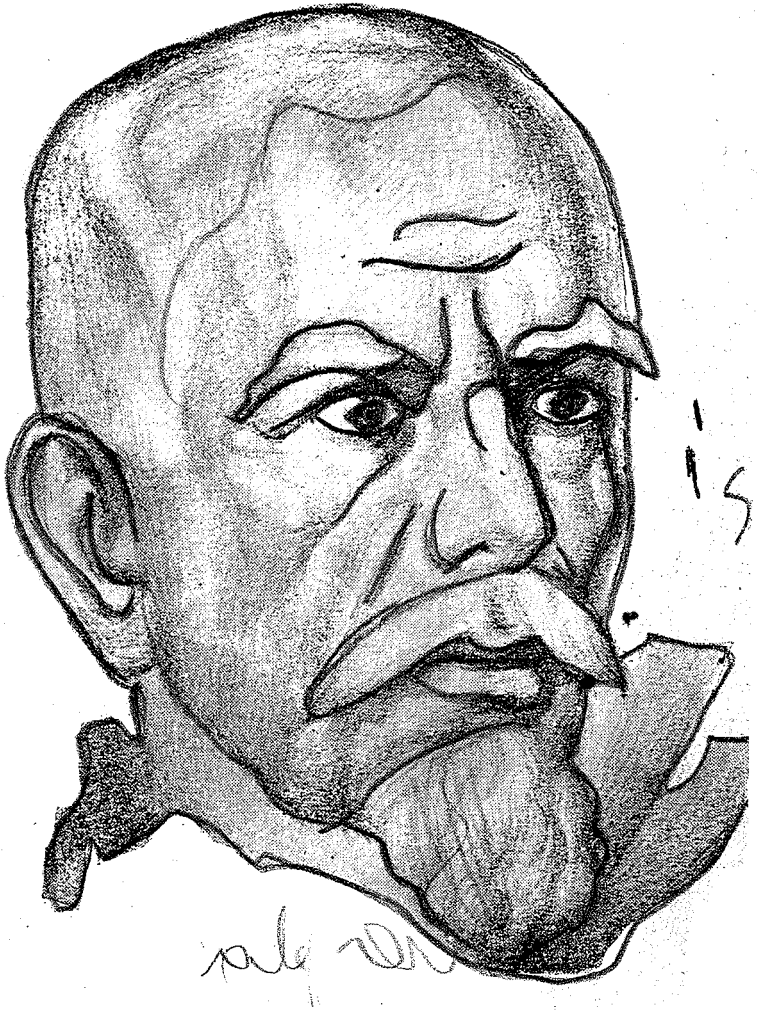


RICARDO DARQUEA

ELOY ALFARO

Estudio biográfico premiado en el Concurso
Anual de Historia Militar del Ecuador

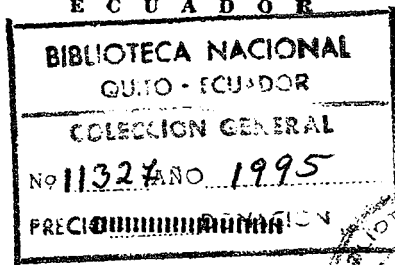


H. 2000

RICARDO DARQUEA

ELOY ALFARO

ESTUDIO BIOGRAFICO PREMIADO EN EL
CONCURSO DE HISTORIA MILITAR DEL
E C U A D O R



0000574-K



QUITO—ECUADOR

Talleres Gráficos de Educación

1942

**Estudio Biográfico premiado
en el Concurso Anual de His-
toria Militar del Ecuador, pre-
movido por el Ministerio de
Defensa Nacional para honrar
la memoria del General ELOY
ALFARO, en el primer Cente-
nario de su nacimiento:**

25 de Junio de 1942

Auspiciaron la publicación de este libro,
el Sr. Dn. Miguel Ángel Albornoz, Encarga-
do del Poder Ejecutivo y el Sr. Dr. Dn. Abe-
lardo Montalvo, Ministro de Educación y
Presidente del Comité Central "Eloy Alfaro".

A los señores

**Coronel OLMEDO ALFARO y
Capitán COLON ELOY ALFARO,
dignos hijos del Héroe y Mártir del Liberalis-
mo Ecuatoriano.**

El Decreto

Nº 1131

CARLOS A. ARROYO DEL RIO,
Presidente Constitucional de la República,

Considerando:

Que el Jurado Calificador del Concurso Anual de Historia Militar del Ecuador, designado por Decreto Ejecutivo Nº 399, de 16 de Abril de 1941 y la reforma constante en el Decreto Ejecutivo Nº 439, de 6 de Marzo último, declara merecedor de un premio pecuniario al autor de la Biografía del señor General Eloy Alfaro, como también de una Mención Honrosa considerada la valía de la obra; y,

A pedido del Ministerio de Defensa Nacional,

Decreta:

Art. 1º.—De acuerdo con el Art. 7º del Decreto Ejecutivo Nº 399, ya citado, concédese

al señor Capitán de Comisariato **RICARDO DARQUEA GRANDA**, autor de la mencionada biografía, la cantidad de tres mil sures, correspondiente al **PRIMER PREMIO**, debiéndose aplicar este egreso a la Partida de Gastos Generales del Presupuesto del Ministerio de Defensa Nacional.

Art 2º.—Los señores Ministros de Defensa Nacional y de Hacienda, quedan encargados de la ejecución del presente Decreto.

Dado en el Palacio Nacional, en Quito, a nueve de Julio de mil novecientos cuarenta y dos.

(f.) **Carlos Arroyo del Río.**

El Ministro de Defensa Nacional,
(f.) **Coronel Alberto C. Romero.**

El Ministro de Hacienda,
(f.) **V. Illingworth.**

Algunas opiniones:

DE FRAY ALFONSO

A. JERVES O. P.

.....
A pesar de tantas como son mis ocupaciones ordinarias, he leído su libro, cuyo título es "Eloy Alfaro — Estudio Biográfico", en los treinta y siete capítulos que lo forman, y paso ahora a decir a usted, con la verdad que busco en todo, lo único ahora a mí posible, lo siguiente.

Primero, como obra de composición, contextura, colorido, brillo y desempeño literario, paréceme el de usted un libro de rara habilidad, talento, pluma y distinción. Un libro que, como ya se lo dije a usted, trae a la memoria, por lo poético sobre todo y guardada la proporción debida entre uno y otro ensalzado, el exaltador poema del férvido Claudiano "De laudibus Stiliconis".

Segundo, como estudio desde luego sólo biográfico, es libro que denuncia larga y varia lectura de parte de su inteligente y laborioso autor.

Y tercero, en fin, visto el libro a la luz de la densa y compleja documentación, ya desde mucho antes de ahora publicada respecto a dicho Sr. General y su multiforme actuación y de circunstancias públicas palpitantes aún, no menos que de las severas exigencias de la crítica histórico-política en casos como el presente, no ha llegado aún, a lo que parece, la hora de que ni en el libro de usted ni en otro similar ninguno, se presente al mundo la historia íntegra, acrisolada y definitiva del mismo General y de sus contrapuestos hechos.

DEL Sr. CORONEL

OLMEDO ALFARO

Tengo a la mano una copia del Estudio Biográfico del General Eloy Alfaro, Estudio que fue galardonado con el Primer Premio en el Concurso Anual de Historia Militar del presente año. Desde luego, el Jurado procedió con acierto al señalar como bueno su trabajo. Es una síntesis de la vida laboriosa y rica en acción del Viejo Luchador.

Podemos o no estar de acuerdo en tal apreciación, en tal criterio o en las conclusiones a que pueda llegar un escritor en su narración; pero indudablemente todos estarán de acuerdo en que analiza Ud., con seriedad e inteligencia, los puntos más salientes de una época en que se modeló nuestra nacionalidad y sus destinos con derroteros modernos, más en armonía con la edad en que vivimos. Principalmente en la parte militar, señala Ud. en su libro puntos principales que otros autores han pasado muy a la ligera.

Ahora, por lo que respecta a los crímenes del 26 de Enero y al 6 de Marzo de 1912 —crímenes que se complementan— no podemos considerarlos muy justicieramente, sino como obra del Gobierno de aquella época, como lo han hecho en otros estudios algunos compatriotas autorizados, ya que un Gobierno, como todo conjunto administrativo, tiene también entre sus miembros elementos que podemos considerar como socialmente sanos, y aquellos crímenes fueron organizados y dirigidos por señaladas personas que tienen nombre propio y que las generaciones de mañana necesitarán conocer, ya que la muerte del General Alfaro y sus Tenientes marcan un punto muy negro en nuestra Historia. En este Capítulo de su obra hay puntos importantes.



Al felicitar muy efusivamente al señor Capitán Darquea por su valiosa contribución a nuestra investigación política y militar, me es muy grato suscribirme como su camarada, amigo y seguro servidor.

DEL Sr. ALEJANDRO

ANDRADE COELLO

He leído la obra inédita "Eloy Alfaro, Estudio Biográfico", del Sr. Capitán Ricardo Darquea, con atención, como todo cuanto tiene por argumento al ilustre Héroe del Liberalismo, que no sólo seduce a los ecuatorianos sino al continente. Son capítulos cortos y variados, a los que se ha aligerado del peso de las notas y de muchos documentos históricos, para que su lectura sea más fácil. Al final, ha añadido la fuente que le ha servido de consulta. El señor Capitán Darquea es digno de aplauso por el esfuerzo que ha coronado, por la devoción que manifiesta al Héroe y Mártir que la historia glorifica después de su inmolación implacable, por el galardón que ha obtenido y por el informe suscrito por destacados escritores. La filosofía de la historia va discriminando su catoniana vida y apreciando las causas y efectos de las acciones que ejecutara.

El Comité Central Eloy Alfaro está levantando, patriótica y desinteresadamente, doble monumento al Viejo Luchador: el material, del que son muestras soberbias la placa conmemorativa para empotrarla en la casa donde vino al mundo en Montecristí, el simbólico y emocionante obelisco en el Parque de Mayo, obra de la inspiración abnegada del artista D. Antonio Salgado, los materiales del que se levantará en la ciudad natal de Alfaro, etc., y el monumento espiritual con los libros en homenaje al magno compatriota, biografías, poemas y otros. Viene ahora justamente a añadirse la contribución intelectual del señor Darquea.

Creo, Sr. Presidente, que ninguno de estos afanes debe desecharse. Muy al contrario, hay que acogerlos con fervor, como el tributo admirativo de los compatriotas de buena voluntad y talento.

(Tomado del informe dirigido al Sr. Presidente del Comité Central "Eloy Alfaro").

INTRODUCCION

Arduo empeño el de trazar un esbozo biográfico de Eloy Alfaro. Sin embargo las mismas dificultades que se presentan, incitan a hacerlo porque esa vida compleja, como la de toda personalidad sobresaliente, atrae, entusiasma, impele a conocerla en las múltiples facetas con que irradia en el escenario de la política ecuatoriana. ↘

Alfaro ocupa sitio tan descollante que aun sus mismos adversarios se ven precisados a reconocer que su puesto corresponde al de los más eminentes, junto a Rocafuerte y García Moreno.

Su actuación es de tal naturaleza que se puede o no estar de acuerdo con los móviles que la impulsan, pero, en todo caso, no cabe negar la importancia y trascendencia de ella.

Le toca a Alfaro ser el dirigente de una época en la que se efectúa una verdadera

INTRODUCCION

Arduo empeño el de trazar un esbozo biográfico de Eloy Alfaro. Sin embargo las mismas dificultades que se presentan, incitan a hacerlo porque esa vida compleja, como la de toda personalidad sobresaliente, atrae, entusiasma, impele a conocerla en las múltiples facetas con que irradia en el escenario de la política ecuatoriana. ↘

Alfaro ocupa sitio tan descollante que aun sus mismos adversarios se ven precisados a reconocer que su puesto corresponde al de los más eminentes, junto a Rocafuerte y García Moreno.

Su actuación es de tal naturaleza que se puede o no estar de acuerdo con los móviles que la impulsan, pero, en todo caso, no cabe negar la importancia y trascendencia de ella.

Le toca a Alfaro ser el dirigente de una época en la que se efectúa una verdadera

transformación en la República, no sólo en el orden político sino aún en el doctrinario. Se vuelcan ciertos principios para supeditarlos con otros; las manos empuñan las espadas y, si hieren físicamente al adversario, mayor estrago causan en el campo espiritual, en que el tajo y el mandoble van hasta lo más íntimo de las conciencias. Los fundamentos del Estado se los renueva, se los desquicia, se los hunde, se los vuelve a levantar, en un afán de reconstrucción que dura todavía, porque los pueblos —como el nuestro— que sienten la efervescencia de su mocedad, no se satisfacen fácilmente con la obra que realizan, la que siempre tratan de mejorarla, alentando una esperanza muchas veces irrealizable.

Acontecimientos de tanta magnitud para el país, necesariamente demandaron como gestor a un hombre de talla no común, a un hombre de excepcionales méritos, tal como lo es Alfaro; pero las circunstancias en que estos hechos se desarrollan traen consigo, como es natural, un séquito inmenso de rivalidades y resentimientos, de odios y venganzas, cuyo clamoreo no se apaga, no puede apagarse aún, ya que muchos de los actores de esos enconados episodios de nuestra historia, que apenas datan de ayer, o sus inmediatos allegados, no se revisten todavía de la serenidad necesaria para el juicio desapasio-

nado. Igual acontece con los que, colocados en la ribera opuesta del agradecimiento y la simpatía, no quieren ir por otro camino que el de la hipérbole y la admiración irrestricta.

Ambos extremos nos parecen censurables. La estatua de Alfaro —la estatua moral, que es la que más vale y ya se la hemos levantado los ecuatorianos— no necesita, para lucir bajo el sol de la gloria, del mármol trizado de la lisonja ni mucho menos del cemento mal fraguado de un malsano intento de tergiversar la historia.

La celebridad de Alfaro descansa en incommovibles fundamentos, y no es preciso, y antes le hace perder en su auténtico valor, el colocar oropeles de panegírico incondicional en el firme granito de su renombre. Ni es tampoco de caballeros el poner la tizne del insulto en la reputación de los contrarios, sólo por el hecho de serlo, sin discriminar sus intenciones y sin estudio de las circunstancias bajo cuyo influjo obraron.

Nuestro propósito encamínase a un honrado intento de enaltecer la memoria de Alfaro dentro de la más severa imparcialidad. Por eso, hemos examinado desde un plano de rectitud absoluta, ajenos como somos a los sucesos de que fuera protagonista principal,

Eloy Alfaro-2

los aspectos más salientes de su egregia personalidad.

La historia ha de ser, ante todo, ecuanimidad, porque sólo así se evita que asome el monstruo del apasionamiento, que ya no pesa razones, por su prurito de atacar, ni tampoco sabe de justicia, porque está encogecido con la oscura venda del prejuicio.

El asentimiento favorable de varias generaciones constituye sólido pedestal para la austera figura de Eloy Alfaro, que en vida misma parecía ya vaciada en bronce y que ahora, a medida que se alarga su trayectoria en el tiempo, cobra relieves acentuados de perdurabilidad.

ELOY ALFARO

EL HEROE

Un imperativo categórico de orden espiritual constituye aquello de tender una mirada retrospectiva sobre el pasado.

El espíritu necesita contemplar los altos valores culturales que son luz y estímulo para avanzar en búsqueda de superación en el camino incierto de la vida; Los grandes hombres de ayer se eternizan en el tiempo, y desde allí vierten regueros de claridad para alumbrar el paso inquieto y titubeante de las generaciones de hoy;

Bien podemos asegurar —sin incidir en las tinieblas del pesimismo— que la fama y la grandeza del Ecuador tienen un pretérito resplandeciente que, ojalá, vuelva a renacer bajo nuestros cielos. Es por esto que las generaciones del momento, enfermas de una nostalgia de gloria, se ven obligadas a abreviar su sed en la fuente reconfortadora del recuerdo, a levantar otra vez ante sus ojos a las figuras paradigmáticas, para forjarse, de ese modo, la ilusión de que ellas, vivas aun, las acompañan y las guían por la senda del

bien, la verdad, la belleza, cuya meta es la suprema armonía que dijera Platón.

Cómo se inflama de orgullo el corazón ecuatoriano al contemplar la Corte de los Grandes, de esos que quisiéramos tenerlos siempre ante los ojos del alma como ejemplo y lección de nuestros pasos; cómo nos enardece la mente el ver la áurea pléyade de los varones máximos en que la genialidad y la superhombria esplenden en la obnegación del sabio, en los talentos del estadista, en la vasta siembra del polígrafo, en la inspiración del poeta, en la heroicidad del guerrero, en la profundidad del pensador, en el sacrificio del patriota. Espejo, Mejía, Olmedo, Solano, Rocafuerte, García Moreno, Montalvo, Borja, González Suárez, Crespo Toral... toda esa conjunción de inteligencia y espíritu, tromba de luz anhelosa de cumbres, huracán que hace estremecer el alma letárgica de la Patria, verbo taumatúrgico que grita —cada uno en su época y cada uno en su campo— el milagroso grito: ¡Levántate y anda!

Mas, alguien falta en esa evocación de personajes ilustres. Falta el Héroe, el caudillo, la espada que se blande en demanda de libertad, el espíritu ávido de sacrificio que —como poseído de esa santa locura de los mártires— renuncia a lo fugaz, a lo terreno, en pos de la conquista del Ideal, de lo que constituye su ideal, y, al fin, para la durabi-

lidad de su huella y el triunfo de su doctrina, acaba por derramar su sangre en un calvario de barbarie y de feroz antropofagia, el cual, si contribuye a que el héroe entre en la luz sin ocaso, también se convierte en un volcán que vomita su ira sobre una facción que, enmascarada su criminalidad y perfidia, no titubea en mancharse las manos con sangre que no ha de lavarse ni con el paso de los siglos, porque sus estigmas tienen la tremenda maldición de lo indeleble! La historia ni perdona ni olvida: ella, desde su augusto tribunal, en que dictamina con la severidad y la rectitud de un juez, habrá de ajusticiar a los culpables, a que la posteridad los abomine al contemplarlos en la picota del escarnio!

Quién el Héroe que aún no mentamos?... Su nombre se halla en la mente de todos, pugna en los labios y escrito está, como su grandeza lo exige, en las páginas de gloria del existir nacional: ELOY ALFARO.

Es él quien con su espada rutilante desgarró el sudario de sombras de la Patria, la vivifica, la levanta, le señala un camino bañado de claridades y prende en su espíritu el anhelo de alturas.

No se crea que hay hipérbole en nuestro juicio. Los que así piensen, se demuestran incomprensores de la valía y de la inmensa e incalculable obra realizada por Alfaro; mas, para aquellos que, con un criterio justiciero,

saben analizar y hacer ostensible todo lo que significa la labor efectuada por el Sembra-
dor y el Luchador, nuestras palabras acaso
carezcan del fuego que se requiere para fun-
dir estatuas de esta magnitud.

Ojalá que nuestro culto por todo cuanto
acusa superioridad en las ejecutorias, sea
como un soplo creador que nos capacite para
describir la parábola que recorre este Patrio-
ta y Mártir, desde su orto encendido por la
rebeldía y el optimismo, hasta su ocaso, en
que la hoguera atizada por el odio y la ingra-
titud lo envuelve en una terrorífica apoteosis.

LOS COMIENZOS

Contemplemos, aunque en forma somera, la espiral de esta vida y, así, atenuemos esta melancólica nostalgia de gloria que nos apesara.

Eloy Alfaro, nace el 25 de Junio de 1842, en Montecristi, provincia de Manabí. El 3 de Julio del mismo año se le administra el sacramento del bautismo por manos del presbítero don José María Aragundi, interviniendo como padrino el señor Agustín Villavicencio. Sus padres son Don Manuel Alfaro y doña Natividad Delgado (1). De ellos hereda —preciado tesoro— un temperamento fuerte, severo, rectilíneo, de esos que convierten el propósito en realidad, sirviéndoles de incentivo precisamente las dificultades de la

(1) Esta noble matrona falleció el año de 1892 en Alajuela, ciudad de la República de Costa Rica, pero sus restos, traídos a la Patria, hoy reposan en el cementerio de Portoviejo.

empresa que acometen y los obstáculos que en ella encuentran.

Su madre — oriunda de Manabí — posee la grandeza heroica, la apostura gallarda de las mujeres que saben templar las fibras del pecho en la fragua hirviente del civismo. Es la animadora de escenas en que se reviste de una majestad verdaderamente espartana. Lejos de todo sentimentalismo enfermizo, convencida de que el mandato del deber es más imperativo que las satisfacciones del amor, por puro y santo que este sea, cuando el hijo se despide para ir a las cruzadas libertarias no lo detiene con lágrimas ni súplicas, antes lo estimula y le da alientos al decirle, con voz tranquila pero llena de persuasión: “Bien está: ve a cumplir tus obligaciones para con la Patria”. Nobles palabras que pronto germinarán en auroras.

Su padre, caballero español nacido en Cervera del Río Alhama de la provincia de Legroño, no es de los que se empantanar en la inmovilidad, en el ocio corruptor. Como ama el cielo propio, ama también los extraños; como se recrea en el solar suyo, busca también las tierras lejanas, los nuevos horizontes que invitan a soñar. Cumplidos sus primordiales deberes de ciudadano, la aventura lo tienta con lo maravilloso de lo imprevisto y de lo desconocido. Viaja por Europa, cruza el océano, llega a América. Su erranza se

prolonga por Cuba y Panamá, hasta que un secreto acento del destino le hace detenerse en el Ecuador, para radicarse en Manabí y allí dejar siembra de su raza (1). Agricultor e industrial, perlas de sudor olean su frente en la bien encaminada epopeya del trabajo. No en vano en el escudo nobiliario de su familia se estampa la simbólica divisa: *Sic itur ad astra*, así se asciende a las constelaciones, es decir, así se llega a las alturas en que el hombre señorea. La estirpe se renueva, y las antiguas hazañas de quién sabe ya que olvidados antecesores, reverdecan sus laureles en el descendiente nacido en un pedazo de tierra de Indias, en un rinconcillo pintoresco de la nación ecuatoriana.

Don Manuel Alfaro, al margen de mimos que debilitan el carácter, se empeña en fortalecer el de su hijo, en quien intuye una existencia de agitaciones. Le contagia de su energía, de su tesón y, al mismo tiempo, de la dinamia de su espíritu con las alas siempre en vuelo. ¡Sabe que el éxito en la carrera de la vida depende en gran parte de la manera como se la inicia; por eso, cuida de la instrucción de su vástago, confiando ésta a los

(1) Don Manuel Alfaro tiene ocho hijos: Tomasa, Pdefonso, José Luis, Eloy, Medardo, Marcos, Manuel y Manuela. Su muerte ocurre en Panamá (1871).

conocimientos técnicos de un profesor traído especialmente de Europa. Comprendiendo estar en una tierra en donde toda actividad halla recompensa, mira el precoz despertar de la inteligencia del niño y quiere que ella se aplique a fines prácticos. Una educación comercial y, como consecuencia necesaria, la riqueza: así piensa el padre, y ya veremos que no se equivoca; pero, por encima de la fortuna, hay ideales más altos que cumplir.

Llena de cuidados comienza la vida de Alfaro. El medio familiar le es propicio para la victoria. Y, dentro de él mismo, en su espíritu, en su temperamento, trae una noble herencia de su padre, que él ha de ponerla al servicio de la Patria. Don Manuel ostenta el grado de Capitán, conquistado en las luchas carlistas de la península ibérica. Por el impulso de la sangre, por el grito de la herencia, su hijo tiene que amar las peripecias de la guerra, dejándose arrastrar por la atracción del peligro. La vida paralíticamente sedentaria le habría sido imposible. En él, rugiente y encrespado, se agita el torbellino de la herencia española (1), de la raza he-

(1) Tanto es así, que el Ayuntamiento de Cervera del Río Alhama, en la protesta que lanza el 25 de Febrero de 1912 al saber el infame atentado del arrastre de Alfaro, cometido en Quito, no hace diferenciación de nacionalidad entre el padre—nacido en esa

roica que hace admirar su bravura, su audacia, su temeridad.

Arrogante, pues, como sus átavos, airoso como el Cid, se presenta Alfaro en el estadio de la política ecuatoriana.

ciudad—y el hijo, oriundo de Manabí. En el acuerdo que, con tan doloroso motivo dicta, se trata a Eloy Alfaro de "un paisano, un hombre de valía, al que además, honra esa Municipalidad dando su nombre a una de las calles principales de la población. Hidalgo proceder, que demuestra una vez más, que el retoño americano está siempre unido al gran tronco hispano.

Eloy Alfaro—3



DOMINACION GARCIANA

Al llegar a la juventud Alfaro, domina en el país un solo hombre, pero un hombre de excepcionales condiciones, que absorbe todos los poderes e invade todos los derechos al impulso poderoso de su genialidad.

Con García Moreno en el solio presidencial, la Constitución y las leyes —Constitución y leyes que por mero formulismo se dictan— hácese innecesarias; ni se escucha la voz de las colectividades o el consejo del amigo, ni se presta atención al reproche del adversario o a la queja del que se halla en vencimiento. No es ni un Gobierno de partido, ni siquiera el de un facción. Su régimen no traduce sino su propia voluntad, sus propios deseos, su propia autoridad.

Los conservadores aun lamentan, desde que Mera fué el primero en confesarlo, que no hubiese organizado su partido aquel a quien consideran su jefe nato. Olvidan que ese gran Varón, que se propone y en gran parte consigue imponer su **absolutismo en**

todo, no gusta del rebaño, ni aún poniéndose de pastor. Su grandeza le impulsa a la soledad.

Uno de nuestros más eminentes historiadores, que se distingue por su criterio claro y ecuánime, explica el caso de que nos ocupamos con estas acertadas palabras: "La personalidad de García Moreno —dice el doctor Julio Tobar Donoso— tan briosa y exuberante, era inadecuada para la constitución de una entidad política; y los celos y animadversiones que causó siempre su método de gobierno, fueron parte muy poderosa para que muchos que, en razón de los principios, podían pertenecer a su partido, se llamasen hasta liberales, o, por lo menos, anduviesen retirados de la entidad que nominalmente presidía. Digo nominalmente porque él, era y valía por todo el partido."

De allí, de ese afán de astro que gusta de recorrer en aislamiento su órbita, nace la oposición a García Moreno! El ser humano es hecho para la comunicación de ideales, para el intercambio de opiniones, para la división del trabajo, para el compartimiento de responsabilidades! A nadie gusta que no se le tome en cuenta, que se lo reduzca a condición de ente.

De allí provienen sus errores. Por capacitado que sea un individuo, por excelsa que sea su mentalidad, no todo lo ha de conocer

y estudiar por sí mismo. La cooperación se hace indispensable, para ver también con los ojos ajenos, para sentir también con el corazón de los otros, para pensar también con el cerebro de los demás. Así se busca el acierto, así se encuentra la clave de la sabiduría.

De allí toman origen las tremendas resistencias que contra el autócrata se levantan. Para dominar le es preciso acudir a la violencia, imponerse mediante el temor. No le basta esa mirada que centellea, y tiene que buscar el torpe recurso del plomo; no le es suficiente a veces esa su arrogancia de paladín, y él —tan grande— se empequeñece a momentos cuando no oye el ruego, cuando no le conmueven las lágrimas, cuando no le convencen los razonamientos, cuando hunde a sus enemigos en las mazmorras, cuando apela al suplicio infamante del azote...

Queremos aclarar que en ningún momento desconocemos las insignes ejecutorias de García Moreno como mandatario de condiciones admirables. Su probidad ejemplar, su empeño por el progreso, su desvelo por la educación pública, sus virtudes acendradas de patriota, todo eso merece nuestro reconocimiento y aplauso. Pero en ese cuadro que honra sobremanera su memoria, se advierte, por desgracia, sombras que no puede disimular ni atenuarlas el historiador.

Ni aun sus más decididos admiradores, tratan de negar en García Moreno grandes extravíos, grandes abusos, en los que no deja de asomar cierto instinto sanguinario y un afán implacable de humillar, de anonadar al enemigo, al que no concede treguas en la lucha y para el cual nunca tiene ni misericordia ni perdón. Remigio Crespo Toral —que alza al Héroe excelso monumento intelectual en un libro notable por muchos conceptos— señala entre las características de García Moreno las de ser: “el soberbio, el cruel, el revolucionario, el burlador de la ley”. “Tuvo el orgullo de su talento y la violencia de su voluntad” —añade, no sin explicar las demasías de su “óptima moral” que lo llevan a la reciedumbre en las acometidas y a la inexorabilidad en los castigos y represalias.

Óptimas cualidades, de un lado, y defectos de magnitud, de otro, dan, precisamente, un magnífico aspecto de preeminencia a García Moreno.

LAS PRIMERAS ARMAS

Qué vida de adolescente, qué juventud que despunta no habrá de indignarse cuando las libertades sufren eclipse? Todo, todo ha de ser libre, como los vientos que pueden cambiarse en huracanes, como las olas del mar que cuando quieren golpean los peñascos.

Tal pasa con Eloy Alfaro. Ve que García Moreno, en la actitud desafiante del que nada teme, pisotea las leyes, declarando osadamente la insuficiencia de ellas. Ve que se intenta acudir a la intervención de un país extraño en asuntos que sólo al honor nacional atañen. Las cartas a Trinité le indignan; la sobreexcitación de su espíritu le hace mirar a la patria como si ya estuviese reducida a mísera colonia de una potencia europea. La irrestricta adhesión al Pontífice Romano le molesta, porque la cree un peligro para la soberanía nacional.

Alfaro se estremece, se enciende en ira santa al contemplar tantos desmanes. Mira las fauces abiertas de un abismo de ignominia.

a donde se quiere precipitar a un pueblo, bautizado de libre con la sangre de mil patriotas.

Qué hace? La idea de la revolución se convierte en él —como en tantos otros, en esa hora— en una obsesión que le habla en forma imperativa. Su conciencia, en donde relampaguea el civismo, acoge ese mandato. Como Bolívar ante las ruinas itálicas, jura romper yugos y cadenas. Desde entonces, ese pensamiento no le abandona, antes se enraíza en su cerebro, le presta fuerzas, le guía y lo conduce a las hazañas.

Presto, sin dilaciones, dócil al impulso del ideal, se pone en acción. Su credo doctrinario le hace acudir al Jefe del Partido Liberal en Manabí, don Manuel Alván, en cuyas manos pone el dinero suficiente para organizar la subversión. Animados del mismo propósito, se entienden con facilidad estos dos hombres y —pues hay otros que anhelan lo mismo que ellos— se resuelve que Alfaro vaya a Lima, a demandar apoyo para el proyecto a quien se considera como al Jefe de la oposición: al General José M. Urvina, el irreconciliable adversario de García Moreno, militar de prestigio y diestro en recursos, que por esos días reside en aquella capital.

¿Es acaso la extrema mocedad de Alfaro, que aún no tiene entonces veintidos años, la que inspírale recelo en aceptar los planes que



este le propone? ¿Es tal vez la astucia y conocimientos de viejo guerrero que le hacen desconfiar de un movimiento no bien preparado todavía? Quién sabe! Lo cierto es que Urvina se muestra cauto, sereno, y aconseja aguardar ocasión más propicia para la realización del intento revolucionario.

Esperar! Pero puede esperar para lanzarse contra la presa el león que sabe lo que vale para la lucha su poderosa zarpa? Después del fracaso de su entrevista, regresa Alfaro dispuesto a desoír a Urvina. La ardencia del trópico es fuerza que impele a expandirse, a derramarse, a explosionar.

Un día, desembarca en Manta un grupo veterano de soldados de artillería. Alfaro, al frente de un puñado de valientes, armados en la soledad del bosque, los acosa, los rinde. Después —el 5 de Junio de 1864—, escoge seis hombres, va a Montecristi, apresa al Gobernador de la Provincia, Coronel Francisco Javier Salazar, le salva la vida... pero tiene que acatar las órdenes de su superior inmediato, que es Alván, el cual, a su vez, acepta la disposición de Urvina —Jefe presunto de la revolución, declara Alfaro en su carta de 12 de Octubre de 1881— que manda que todo movimiento esté de acuerdo con él que debe estallar en Quito. Salazar obtiene la libertad mediante una farsa: finge no estar de acuerdo con los conspiradores, presenta otro cau-

dillo —Antonio Flores— y, cuando ya se mira restituido al ejercicio de su cargo, fusila a cuatro infelices campesinos, queriendo así hacer méritos ante García Moreno o encubrir la traición que quizás tuvo en mientes.

Alfaro, en su condición de subalterno, cede; pero mal de su grado. Obedece; pero entonces su rebeldía estalla, no en forma de insubordinación, de insulto, de queja: no, se trueca en una leve sonrisa irónica, acaso en un mohín de desprecio. Y desilusionado del proceder de esos conspiradores, se embarca en el vapor "Anne", parte a Panamá, luego se dirige a Lima, queriendo en vano acalmar en el trabajo su connatural fogosidad.

Desde que esgrime la espada, ésta le urge con el tintinear de su acero para que la empuñe de nuevo y la haga rebrillar al sol de los combates.

**NUEVOS ESFUERZOS
POR LA LIBERTAD**

Estamos de acuerdo con el gran escritor que indignase de que a García Moreno se le equipare con Rosas, Melgarejo o Francia. Aquel tiene, en verdad, cualidades superiores a éstos; pero, en nivel más alto es también el Tirano, sin dar a tal palabra ningún sentido despectivo, sino el que naturalmente le corresponde. "Tirano, nombre que enaltece cuando la justicia absuelve la tiranía", dice en frase osada el polígrafo ecuatoriano a que acabamos de aludir.

La administración de García Moreno, no sólo por omnímoda, sino por su larga duración —pues aun la corona de flores agobia si se la tiene largo tiempo sobre las sienes— determina que diariamente crezca el número de los que ansían derrocarla, a medida que ella se afirma más y más en cimientos que, a primera vista, parecen sólidos, pero que, en realidad, no lo son, pues se asientan en el fango deleznable del terrorismo.

Eloy Alfaro—4

Para gran parte del conglomerado social, la República ya no es sino un sombrío ergástulo en que cada ciudadano tiene señalada su celda. La teocracia se ha impuesto —murmuran— al ver que los Jesuitas retornan al país y que vienen nuevas congregaciones religiosas; pero, a fe, que esa teocracia es bastante suigéneris, pues, el clero sufre con frecuencia las embestidas del Ejecutivo. Ni aún con los prebendados se mantiene la armonía. Se rompe lanzas con un personaje de tanta distinción como el Obispo de Cuenca, Dr. Remigio Esteves Toral, para quien el Gobierno pide a Roma se lo separe de su Diócesis. El Presidente interviene también con mano férrea —como siempre es la suya— en la reforma de las disciplinas eclesiásticas, sufriendo las consecuencias varios clérigos disolutos. El destierro es camino para muchos. Las cárceles están repletas. El patíbulo se levanta amenazante.

La revolución es la única esperanza que pone un rayo de luz en medio de las tinieblas que se hacen más densas. Urvina —el caudillo liberal de entonces— prepara un nuevo movimiento en connivencia con varios elementos, pertenecientes a diversos bandos políticos.

El motín, la revuelta: tal el deseo que va generalizándose. Acaso el mismo García Moreno no ha declarado, en momentos solemnes,

el derecho a la subversión? Sus palabras resuenan graves, aleccionadoras, volviéndose ahora contra su autor, como una arma que hiere al mismo que la dispara: "He cometido el delito de no haber conspirado. He cometido, sí, este delito de lesa Patria, y para expiarlo ¡la muerte misma no sería demasiado!" Así opinó para sí cuando fué también un faccioso; hoy, su verbo inflamado lo envuelve a él mismo con sus llamas.

Alfaro, sin lograr contener sus ímpetus de patriótica cólera, interrumpe su retiro en Lima y emprende viaje a Manta, en donde debe encontrar un barco al servicio de la revolución. Mas, al arribar a este puerto, mira con sorpresa que ninguno de los suyos está allí. Ansioso de averiguar la causa, salta a tierra. Inquieta sigilosamente, y llega a saber el fatídico final de Jambelí (25 de Junio de 1835).

Jambelí! Nombre que se ha perpetuado en nuestra historia, no porque entrafie ninguna grandeza aquella escena naval, sino únicamente por su trágico corolario de veintisiete fusilamientos a infelices individuos, escogidos sin discernimiento entre los de una tripulación que ni siquiera tienen modo de hacer resistencia debido a la inferioridad numérica en que se encuentran, pues el grueso de las fuerzas se halla en tierra.

Alfaro cae en poder de sus enemigos, salvándose de ellos gracias a su pronta inteligencia. Encamínase luego a Guayaquil, donde, nuevamente, escapa de ser aprisionado. No es posible otra determinación que la de abandonar la Patria. Retorna otra vez a Panamá, que le brinda generosa hospitalidad.

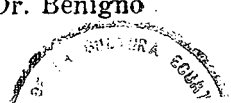
Estos fracasos no siembran el desánimo en el corazón de Alfaro; quizás le señalan mejor el sendero de la lucha y el triunfo. Ni un sólo instante piensa en cejar en sus nobles empeños de contribuir a la restauración de la legalidad en el Ecuador. Ante la sangre de sus compañeros de convicción, se incendian más intensamente sus ideales de libertad... Mas, un momento de tregua. ¡Ya retornará Aquiles a la arena para el pasmo apocalíptico de Troya!

AÑOS DE ABSOLUTISMO

Tras un breve paréntesis de relativa calma en que suben al Poder Don Jerónimo Carrión (7 de Septiembre de 1865 a 6 de Septiembre de 1867) y el Dr. Javier Espinosa (20 de Enero de 1868 a 17 de Enero de 1869), surge de nuevo, más encrespada que nunca, la oposición.

Aunque en el transcurso de este lapso el influjo de García Moreno es decisivo en todo, a tal punto que él elige o hace elegir a estos dos Presidentes, lo mismo que los vuelca del solio en cuanto se le antoja; aunque él es el que gobierna tras de bastidores o dictando desembozadamente sus órdenes; sin embargo, decimos, García Moreno resuelve con su inflexible lógica perpetuarse como Mandatario del país.

Sus opositores han crecido en número y en calidad. Asustados de sus desmanes, vuelvenle las espaldas hasta sus antiguos y más decididos amigos. Uno de los más caracterizados de entre ellos y que siempre hace gala de mesura en sus conceptos —el Dr. Benigno



Malo— apoya la candidatura contraria de don Francisco Javier Aguirre y se opone tenazmente a la de García Moreno porque éste sostiene —dice— “la escuela dictatorial que, profesando la teoría de la insuficiencia de la Constitución y de las leyes, como medio de gobierno, las infringe para dar libre paso a la arbitrariedad; coloca el movimiento administrativo fuera de la órbita que aquellas han trazado, y sacudiendo reglas y el precepto protector de los santos derechos del hombre y del ciudadano, esparce el terror en toda la sociedad. Quién tiene segura su vida, su honor y sus intereses a la sombra de una escuela semejante? Hoy pueden ser víctimas de ella los esforzados patriotas que sostienen la bandera de la Ley; pero mañana lo serán también los mismos que contribuyen a exaltar ese poder brutal e irresponsable”. Tan caldeada está la atmósfera, que aun el verbo melífluo de Malo tórnase en hiel para el apóstrofe, en el que adviértese no sólo la reprobación, sino la sabia advertencia y la tremenda amenaza.

Antonio Borrero es más explícito para con su antiguo compañero de estudios. Sin morderse la lengua, se dirige con todo desenfado a García Moreno para enrostrarle así: “Qué encontramos, Señor, en las páginas de vuestra historia política, inscritas, una a una, en el libro de memorias de la Patria? Encontra-

mos la luctuosa historia de vuestras inconsecuencias y desepciones, de vuestras grandes injusticias y palmarias contradicciones, de vuestros innominiosos pactos para vender la Patria al extranjero, de vuestros desaciertos como hombre de estado, de vuestra falta de tino como diplomático, de vuestra sangrienta dictadura como gobernante...”

Sin embargo de la marejada que en su torno ruge o talvez por eso mismo —dado su carácter combativo, de altiva fiereza y orgulloso desdén— García Moreno se hace elegir Presidente (29 de Julio de 1869) por la Convención reunida en Quito. Las esperanzas de quienes sueñan con el oxígeno de la libertad se desvanecen. El horizonte se les nubla de desconsuelo. Y la prisión, y el látigo, y el verdugo tornan, con más saña, a su tarea de acallar al espíritu de rebeldía, sin comprender que a éste no se ahoga ni en las angustias del ostracismo, ni en los sangrientos charcos patibularios, puesto que él se agiganta y resplandece mayormente luego de apurar el vaso de cicuta o de ser clavado en el madero o mordido por las llamas alocadas de la pira.

García Moreno no quiere acusadores ni jueces en lo que considera su feudo. No puede oírse la voz del Derecho. La justicia la ejerce a su modo, su afán es hacer una selva, un mar, una tumba de silencio donde sólo se escuche el rumor insistente de las plegarias.

Quiere que la Nación toda se convierta en un inmenso templo. Su temperamento religioso se agudiza. Acaso las conveniencias políticas influyen para ello en un principio, buscando ese fuerte sostén del clericalismo; pero no hay como dudar que es un creyente de hondo convencimiento, un católico que nada teme y todo lo arrostra en defensa de sus principios.

Ciertamente, en esta nueva administración, ya no se vierte sangre; pero los espectros de Maldonado, Ayarza, Aguilar, Moreno, Heredia, Viola, Borja, los de Jambelí... parecen vagar aún como demandando venganza para su verdugo.

Viene el progreso, pero amasado en lágrimas; se difunde la cultura, pero amordazando las conciencias; prospera la hacienda nacional pero procurando empequeñecer a los ciudadanos para que se acomoden a la horma infame del despotismo.

EN EL DESTIERRO

Sin desprender la mirada de la Patria, tanto más querida cuanto más vejada, el proscrito piensa incesantemente en ella y en su liberación.

Por su honradez, su laboriosidad, su gentileza, Alfaro no sólo llega a acumular cuantiosa fortuna en Panamá, sino también a conquistarse un estival de honor de los principales, a rodearse de simpatías y admiraciones que le forman un envidiable pedestal, en donde se yergue su marcial figura a la contemplación de propios y extraños.

No tarda mucho en que su ejemplo y su espada repercuten en distintas latitudes de América: es lo cósmico de su conciencia que no se encierra en los estrechos linderos del nacionalismo; es lo dilatado de su **humanismo** que se hermana con el sueño de todos aquellos que luchan por el patrimonio de una verdadera vida integral y humana.

Sus múltiples méritos le llevan por el camino del amor al matrimonio con Doña Ana

Paredes y Arosemena —dama distinguida entre las más destacadas de la sociedad panameña— con la que contrae nupcias el 10 de Enero de 1872. Forma su hogar en un ambiente aristocrático, de suma honorabilidad, en que la virtud de la mujer y el decoro del marido hacen alianza perfecta, para destacarlo y presentarlo como modelo. Cinco hijos son el fruto de esa enlace: Esmeralda, Colombia, América, Olmedo y Colón Eloy.

Con su comprovinciano Don Miguel Macay tiene constituida Alfaro una sociedad para la explotación de un conjunto de minas de plata —“El Corozal”— situadas en la República de San Salvador, en Centro América. Estas le dan pingües utilidades, a las que se añaden las que le proporcionan sus negocios comerciales cada día en mayor prosperidad.

En vano la voz amiga de Macay le insinúa dar una nueva dirección a su vida. En vano le ofrece una cuantiosa renta de algunos miles de pesos anuales para que abandone la política. ¡Todo inútil! Imposible enderezar su destino por diferente ruta, distinta a la que, desde los comienzos, se señala. Es un predestinado para la redención de su país. Así lo comprende. Adivina su misión, y el cumplimiento de ésta es su único anhelo.

No le preocupa la riqueza. Si su trabajo y su probidad le facilitan no escasos caudales, éstos los gasta en armas, en barcos, en vitua-

llas, en todo aquello que sirva para romper las cadenas que mantienen en cautiverio a su desventurada Patria.

¿Qué miedo puede sentir ante el déspota el joven luchador? En sus venas late un coraje de buena ley, que le viene de sus antepasados y que en él intensifica su ardencia. Si su arrojo demuéstrase desde niño, cuando sin temblar sostiene un encuentro con las fieras; si luego lo confirma en las primeras hazañas realizadas en su tierra nativa ¡cómo no habrá de agigantarse ahora en que el ímpetu crece para la plenitud de la acción!

Así, por obra y gracia de su temple de acero, por el milagro de su grandioso sueño de libertad, mantiénese anhiesto y activo en las lejanías del destierro. Ya, desde entonces, sus hechos le ciñen en la frente una aureola de envidiable prestigio.

ALFARO Y MONTALVO

Eloy Alfaro—5

Los ácratas, los que se resisten a la genuflexión, tienen que ocultarse cobardemente o salir rumbo al ostracismo. Unos por tierra, otros por mar, forman un desfile interminable que, en todas direcciones, arrastran su dolor y su nostalgia.

Don Juan Montalvo, el General Ignacio de Veintemilla, el Dr. Mariano José Mestanza... llegan a Panamá expulsados de sus lares. Alfaro los recibe con su innata largueza, poniendo su hacienda a órdenes de los proscritos, que se dirigen a Europa. No le aceptan el ofrecimiento, con excepción del escritor ambateño que, por su escasez de recursos, vese obligado a recibir de manos de su benefactor el pasaje necesario.

Entonces se realiza una compenetración, una comunión entre Alfaro y Montalvo. Los dos gigantes, los dos cruzados, en una como llamarada de ideal, de ensueño y de nobleza, se hablan en un esotérico Sinaí las palabras relampagueantes que luego habrán de adqui-

rir corporeidad de hechos en la vida nacional. La pluma y la espada, en una armónica correspondencia de comprensión, se fortalecen, se conflagran y retemplan para el triunfo.

Cuán distinto pago recibe la generosidad de Alfaro, al correr del tiempo! El hombre de su misma profesión, el militar —Veintemilla— más tarde lo persigue, le sepulta en la cárcel, le martiriza con grillos y pretende tronchar la existencia misma del Luchador. En cambio, el intelectual —el soberbio Don Juan— escribe bellas páginas de ponderativo afecto y leal admiración para el guerrero. — Alfaro, a su vez, conviértese en un entusiasta propagandista de Montalvo, al comprender que su pluma es un reguero de luz para la aurora que anuncia su espada. No es que el egregio panfletario le dé mayores bríos con el volcánico aliento de su literatura —como opinan algunos—, sino que Don Eloy, con esa maravillosa intuición, común en él, presiente que Don Juan contribuirá grandemente al buen éxito de su causa con la burla demolidora de sus dicterios, con el corrosivo vitriolo de sus insultos, con el estilete florentino de su dialéctica florida que lleva consigo el estrago y la muerte. Le pasa lo contrario que a García Moreno: éste se imagina que la agresividad de Montalvo es la de las hojas del rosal o las del cedro, si se quiere, pero hojarasca al fin que no hace, que no

puede hacer mella en la pétrea torre de orgullo desde donde lo mira de hombros abajo. No lo toma en cuenta sino una vez, para afrentarlo con versos burdos y vulgares. Después, no se preocupa de él. Sin embargo, hay quienes creen ahora que García Moreno debe buena parte de su celebridad a que Montalvo lo inmortaliza en sus escritos.

—Alfaro, satisfecho de tener a su lado a un combatiente tan poderoso, cada uno de cuyos temibles artículos equivale al tronido de cien cañones, auspicia la edición de “La Dictadura Perpetua” —Panamá, 28 de Octubre de 1874— folleto en que, con pretexto de desvirtuar los elogios del “Star and Herald”, se hace total enjuiciamiento, no sólo de la actuación administrativa del Déspota, sino de sus fallas morales. Allí lo califica de “traidor, satanás, tiranuelo”, de cuantos epítetos denigrantes es capaz su ira olímpica; allí estampa esa afirmación que tanto se ha generalizado: “García Moreno dividió el pueblo ecuatoriano en tres partes iguales: la una la dedicó a la muerte, la otra al destierro y la última a la servidumbre”; allí hace un recuento de las víctimas del Presidente, a quien, en fácil encumbrarse de su fantasía, ridiculiza en su afán teocrático; allí, en fin, llevado del ansia de estigmatizarlo todo, llega a negar que el tirano tenga “ni el aliento ni la ca-

!

pacidad intelectual necesarios” para el progreso de su país.

El historiador Le Gouhir, aunque censura acremente el escrito reconoce la honda repercusión y el influjo que éste ejerce en el pueblo ecuatoriano: “**La Dictadura Perpetua** —expresa— es quizás la producción más perversa e incendiaria de Montalvo; ninguna con más razón ha merecido la reprobación de todos los hombres de bien y el encendido sonrojo de todo liberal que conserva el sentimiento de la moral o del honor. Por desgracia, el terrible pasquín produjo, con creces, los estragos que se había propuesto su autor. “Naturalmente, Le Gouhir —el panegirista más exagerado, aun más que Berthe, que hasta hoy tiene García Moreno— se coloca en un plano propio de su situación clerical y de irrestricta admiración por su Héroe; pero esto mismo demuestra cuan cierta es su aseveración de que la obra de Montalvo contribuye enormemente a atizar la hoguera que ya sólo necesita un soplo más.

Alfaro se da cuenta de esto. Sabe que cuando se emprende una campaña hay que recurrir a todos los arbitrios de la fuerza; y qué fuerza más arrolladora que la de los escritos de Montalvo, cuyas palabras ígneas, fulminantes, sacuden el pensamiento ecuatoriano, anunciando que se acerca la hora de las Tablas de la Ley.

✓ García Moreno extrema su absolutismo. Su presión es máxima en muchos sectores de la vida pública. El verbo de Montalvo, irónico y flamígero, sigue implacable lanzando sus acusaciones a los cuatro puntos cardinales.

Al amparo de la distancia y el sigilo, se piensa en una nueva revolución. Personajes de prestancia se declaran enemigos del Tirano. No se puede soportar por más tiempo los barrotes de los ergástulos. La reacción debe llegar de acuerdo con la intensidad de la opresión. Son los mecanismos fatales de la física social.

Y suena al fin la hora de la represalia y la reivindicación. Impelido por "el cansancio de aquella tiranía sin precedentes", como anota Juan Emilio Murillo, un grupo de conjurados, en que toma parte, en mayoría, una juventud pensante, imbuída de la idea de ejercitar el **puñal de la salud**, sorprende a las puertas del Palacio Presidencial a Gar-

cía Moreno y acaba con él al siniestro fulgar del machete y al estampido de las pistolas que descargan su mortífero mensaje sobre el Varón que durante quince años, desarrolla en el Ecuador un plan de acción lleno de sombras y resplandores, ensayo el más persistente que se ha llevado a cabo entre nosotros para implantar el reprobable sistema de la autocracia.

Al tener conocimiento de la desaparición del Déspota, Montalvo exclama regocijado: **Mi pluma lo mató**, frase que reprueban Aparicio Ortega y Belisario Quevedo y que un brillante escritor la califica de propia de un matón y no de un adversario político; pero frase que entraña una profunda verdad, no precisamente porque la pluma del cosmopolita haya determinado el asesinato, sino porque esa pluma, al traducir la indignación e ira que palpita entonces en una gran porción ciudadana, es como una arma eficaz que Montalvo la recubre con el oro de su oratoria, pero que le asesta en tremebundo golpe, la misma pujanza incontenible del pueblo.

“Esa tarde fúnebre (6 de Agosto de 1875) —dice Remigio Crespo Toral— cerráronse las puertas de nuestra grande historia”. Cierto, quedan cerradas hasta que, con victorioso empuje, vuelve a abrirlas, veinte años más tarde, Eloy Alfaro.

PRESIDENCIA DE BORRERO

Para el pensar de la mayoría, la muerte de García Moreno quiere decir el eclipse del terror, del abuso, de la injusticia, al mismo tiempo que la aurora de la Libertad y el Derecho. Nadie seguirá, nadie podrá seguir las huellas del Gran Tirano. Ni hay el peligro de que se tropiece con otro hombre de alma igual a la suya y, sobre todo, de su temple. Cualquier gobernante será un escudo de las garantías ciudadanas.

Convócase a elecciones. Garantízase su libertad, al cabo de muchos años. Muéstranse en la palestra el Dr. Luis Antonio Salazar, el Dr. Antonio Flores, el General Julio Sáenz... Pero la voluntad popular, exteriorizada por inmensa mayoría, favorece con la designación al Doctor Antonio Borrero Cortázar, antigarciano que ha combatido violentamente, desde la prensa, los desafueros de su antecesor. Los liberales cifran en él todas sus esperanzas, reconociéndole un correligionario egregio, en quien

ninguna mancha deslustra sus antecedentes. En él ven el triunfo de su partido y la salvación de la Patria.

Montalvo lo unge con su beneplácito; reconoce que él es “prenda de mansedumbre y sinceridad”, que es “el sujeto más adecuado a las circunstancias”, que es “varón de luces y de conciencia”. En cuanto a sus convenimientos políticos dice: “Liberal, como persona de conciencia, debe serlo; pero con tacto, con medida”. Y en otro artículo agrega: “Conservador progresista o liberal juicioso, el movimiento razonable será su política”.

Elevado por cerca de treinta mil votos, Borrero llega al Solio el 9 de Diciembre de 1875. No sólo Montalvo, también Alfaro, Moncayo, Carbo, Valverde, Proaño, todos los valores representativos del liberalismo, le favorecen con su adhesión.

Mas, pronto advienen la desilusión y el desengaño al corazón de los liberales. Se exige al Presidente la derogación de la Carta Fundamental de 1869, calificada de “documento de ignominia” y “papel nefando”. Borrero expresa que eso sólo lo puede hacer el Congreso en la forma constitucional prevista, es decir, quiere proceder “con tacto, con medida” como le ha aconsejado Montalvo; pero la mayoría se impacienta al no conseguir esas reformas, cuya necesidad reviste caracteres

de imperativo para las conciencias, pero que, para llevarlas a cabo, se necesita de un varón de menos escrúpulos y más arrestos que Borrero.

La actitud del Mandatario, reñida con las aspiraciones de los renovadores, empuja a una nueva conspiración. Alfaro con su actividad característica se pone nuevamente en acción, sin poder convenir con ese régimen que, si respetuoso de la Ley, nada hace por abrir una nueva ruta que conduzca a la Nación a una meta de grandeza y gloria.

Secundado por sus amigos, Don Eloy, con tino y destreza, sin escatimar gastos, prepara la revolución. El General Ignacio de Veintemilla que, ha poco a su regreso de Europa ha sido nombrado Comandante Militar del Guayas, se percata de los preparativos y propone a los conspiradores, si no se quiere que él desbarate sus proyectos, que le proclamen Jefe Supremo.

Alfaro medita detenidamente en esta solicitud. Como no tiene ninguna aspiración personal y únicamente anhela la felicidad del país. llama a Montalvo a Guayaquil, en donde conferencian sobre la conveniencia o inconveniencia de admitir tal proposición, que, al fin, acaban por aceptarla. De otra parte, los Jefes de más prestigio y las mayores personalidades del liberalismo rodean y están dispuestas a secundar los planes de Veintemilla:

los Generales Urvina y Robles; los Coroneles Mata, Sánchez Rubio, Larrea, Maldonado, etc.

De este modo se produce, el 8 de Septiembre de 1876, el desconocimiento al Gobierno de Borrero, el que se derrumba entre torrentes de sangre derramada en Galte y Los Molinos, donde quedan más de un millar de muertos en el campo de batalla. En la primera de estas acciones de guerra, —14 de Diciembre de 1876— en que tres mil hombres combaten dirigidos por el General Urvina, Alfaro, con el grado de Coronel pelea con inusitada bravura que despierta la admiración, entrando triunfante en Quito con el Jefe Supremo, el 24 de ese mismo mes.

Una nueva esperanza alborozaba todos los pechos y la multitud aclama a los vencedores.

**ADVENIMIENTO
DE VEINTEMILLA**

Elío Alfaro—6

Ha triunfado el liberalismo. ¿Quién lo puede dudar, si hay pruebas inequívocas de ello? Se va a variar el orden de cosas en todo lo administrativo, y, en lo ideológico, el cambio será de tal naturaleza que los espíritus se expandarán a sus anchas, sin el más leve temor de que se pretenda impedir su libre tránsito por las regiones a que su capricho los conduzca. Veintemilla quiere a todo trance mostrarse consecuente con las ofertas hechas, estrellándose principalmente, contra la clerecía: apresa a los sacerdotes subversivos, destierra a un Obispo que protesta, disuelve a balazos los motines que azuzan algunos frailes.

Pero, nuevamente, el descontento. Veintemilla ya elegido Presidente Constitucional el 31 de Marzo de 1878, viéndose en peligro de caer, cambia de táctica, quítase la máscara de liberal y demócrata —pues nunca tuvo otras convicciones que las de su íntima conveniencia— e inicia un régimen de atropellos, oli-

gárquico, vendado los oídos a las voces del patriotismo.

Triste de ver el fracaso de sus luchas y patriotismo, Alfaro retorna a Panamá, en donde espera que suene la hora decisiva de acabar con los claudicantes y traidores. En 1878 vuelve al Ecuador listo a poner su espada al servicio del ideal que no desmaya en su pecho ni un instante. Se compacta con Miguel Valverde y otros elementos juveniles valiosos; mas otra vez fracasan sus intentos de rebelde, pues descubiertos sus ajetreos, se produce su inmediato destierro.

Todos estos reveses no aminoran su entusiasmo ni debilitan su voluntad de luchador. Sigue su carrera con el mismo tesón y ritmo, como si en ella no hubiese sino segado laureles. Es el indomable Prometeo que da el fuego a los hombres y no se humilla atado en las cadenas del exilio. Y rompe los hierros y, de incógnito, se presenta nuevamente en su patria, pisoteada por el General que recibe el bautismo de la inmortalidad en las Catilinas montalvinas. ¡Indeseable inmortalidad!

En esta ocasión, Veintemilla da orden de encarcelar a Alfaro en el cuartel de la Artillería. Como aún allí el recluso conspira, logrando atraer a su causa a varios Jefes y soldados de ese Regimiento —Marieta, Alvarez y otros— descubierto el complot que debe es-

tallar el 2 de Febrero de 1879, lo condena a bárbaros suplicios. Aparicio Ortega, en página inolvidable, recuerda un episodio de entonces, que pinta en toda su grandeza a don Eloy: aherrrojado éste, Veintemilla va a visitarlo para añadir a la ofensa el sarcasmo, pues, prevalido de su situación y abusando de que el cautivo está en obligada inmovilidad por los hierros que oprimen sus miembros, vocifera contra él mil improperios, hasta que Alfaro, indignado, rugiente como un león, le obliga a callar, diciéndole: "Mande que me quiten los grillos: deme una espada y entonces insúlteme". Veintemilla no es un cobarde, pero ante la fiereza y resolución de ese desafío, prefiere retirarse, no sin disponer que se extremen los castigos al preso.

— En estas circunstancias se alza desde Ambato —24 de Diciembre de 1878— una voz admonitoria: la de Montalvo que, en gallarda lección de lo que es la justicia, trae a la memoria del olvidadizo Veintemilla lo que por él hizo en otros días el encarcelado. —"Sepa ahora —le dice— que a Eloy Alfaro le debe grandes servicios: cuando después de la revolución de septiembre, indignados los jóvenes de Guayaquil, me propusieron inmediatamente una contrarrevolución, Alfaro fué quien apoyó mi negativa fuertemente... Si Veintemilla supiera con qué hombre está haciendo lo que está haciendo, por bronco que

sea su corazón, se moriría de vergüenza... Eloy Alfaro, más que bueno, ciego en su bondad; más que generoso, pródigo, se vino a tierra con revoluciones costeadas por él en Manabí, con levantar caídos, socorrer necesitados y dar de comer y beber a ingratos que no merecían ni el agua ni el fuego..."

Es menester otro golpe de catapulta, es decir la publicación de "Los grillos Perpetuos" —18 de Enero de 1879— a que las peticiones de Montalvo sean atendidas. Por medio de una acta, Veintemilla concede pasaporte para el exterior a Alfaro, comprometiéndose, por exigencia de éste, a poner en libertad a sus compañeros. Por parte del Gobernante no se cumple el compromiso, por lo que Don Eloy pide hacerlo efectivo desde Panamá, en términos premiosos, no como de quien demanda un favor, sino del que exige un derecho.

Todas estas actitudes son prueba de la nobleza y lealtad del alma de Alfaro.

OFERTA ALUCINADORA



✓ Ciencia difícil es penetrar en el alma de los grandes y comprender la llama extrahumana que los vivifica y los guía. Cuántos se han equivocado al querer interpretar la vida de los hombres superiores con un criterio materialista o con una lente como la que maneja Murois. Hay individuos que se alzan sobre el nivel común y que rechazan el cartabón con que se conoce a las medianías.

Alfaro fué uno de los incomprendidos por amigos y enemigos, exceptuando, entre pocos, el caso de Montalvo. La oferta del Ingeniero Miguel Macay corrobora nuestro juicio. Dolido éste de la estrella adversa que acompaña a Don Eloy, le ofrece, con la condición de que se retire de la política, la renta de diez mil pesos mensuales, ¡ toda una fortuna!

Es claro que Macay procede en este punto como compañero y admirador del eterno proscrito, pero sin alcanzar a comprender las elevadas aspiraciones de Alfaro, las aspiraciones de quien, en noble propósito, esta

todo cuanto adquiere, en sus desvelos de trabajador, en bien de su país, sin preocuparse de que ese dinero puede garantizarle una vida de paz, no exenta de fausto.

Cuando su antiguo consocio en la explotación de minas del Corozal —las que son la fuente de la cuantiosa riqueza cuya participación se le brinda— le reitera su oferta, Alfaro sin titubear, sin dejarse deslumbrar, le contesta con estas palabras que aunque sencillas encierran un sublime desprendimiento: “No puedo; nuestra Patria es desgraciada: deber nuestro es procurar sacarla a mejor suerte”.

He aquí, en majestuosa elevación, vibrando su alma quijotesca de libertador. Ya se sabrá para lo posterior que no es de los que se deja conducir por los bajos apetitos, ni de los que sueña con la fantasía del escudero.

Su vida toda, está polarizada hacia la salvación de la Patria. Y mientras no realice su ideal no ha de tenderse en los cojines del escepticismo, que es desánimo y cobardía.

NUEVO DESCALABRO

Con esa obstinación patriótica que enaltece al alma ecuatoriana, vuelve a arrojarse la simiente de la revolución en la conciencia generosa del pueblo. Ella tiene que entallecer y fructificar. No importe que se la ahogue o parezca ahogársela en ciertos momentos. La fuerza no es capaz de luchar con el espíritu. El espíritu es eterno, es llama que se agranda con los huracanes de la rebeldía y acaba con todo aquello que no resiste a su milagro de purificación. Y la fuerza perseguidora es Veintemilla; y el espíritu invencible y purificador es Montalvo y es Alfaro: es la pluma tronante y la templada espada, fulgurante ya de gloria.

Para el quince de Octubre de 1880 prepara un nuevo movimiento en Esmeraldas. A la llamada de los correligionarios, Alfaro emprende el viaje al futuro teatro de los sucesos. Un mar tempestuoso, agitado de vientos contrarios, le impide llegar en la fecha precisa. Salta a tierras ecuatorianas tres

días después, cuando ha estallado ya el movimiento.

La traición asecha una vez más a los patriotas. Cuando Alfaro se encamina hacia el sur de Manabí, el Coronel César Guedes, autoridad militar de Veintemilla, que, engañando participar de las ideas de los rebeldes, se hace cargo de la dirección del movimiento en Esmeraldas, torna a reconocer el régimen imperante y desarma a los revoltosos que caen en la celada.

Alfaro entonces se refugia en su exilio, llevando una nueva amarga experiencia de los hombres.

CAMPAÑA DE PIANGUAPI

Firmemente convencido de contar con un ejército leal, resuelto a sostenerlo en cualquier circunstancia, Veintemilla medita en la manera de continuar en el Poder. Las tropas en verdad le son adictas; pues, desde los tiempos en que como militar estuvo en su frente, conquistase sus simpatías; durante su gobierno las halaga valiéndose de todos los medios posibles: tratándolas bien, dándoles la paga con puntualidad, no escatimándoies diversiones, etc.

Pero el mismo pensamiento que se le ocurre a él pasa también por el cerebro de su Ministro de lo Interior —el General Cornelio Vernaza— quien, aprovechando la ida del Presidente a Guayaquil, trata de proclamarse en Quito, lo que hubiera logrado a no interponerse en sus planes Doña Marieta Veintemilla, sobrina del General, la que con sagacidad y valentía, no sólo hace abortar aquel

Eloy Alfaro- T

nto, sino que lo aprovecha en favor de
io.

e este modo, prodúcese la dictadura de
ntemilla en Quito, el 25 de Marzo de 1882,
indando este golpe Guayaquil pocos días
pués (el 2 de Abril).

tembla de indignación la República toda
e el reto insolente que se le lanza. Nadie
lica tanta audacia, pues para dar seme-
te paso no se alega razón alguna valedera
la cínica proclama que lanza el Dictador
esos momentos. Esto explica que se pro-
zca entonces una reacción en todos los ciu-
dancos, dándose el caso nunca visto de que
inicie una campaña en la que participan
dividuos de distintos credos políticos, de
versas opiniones, pero unidos todos por el
seco de expulsar del solio al que lo ocupa
lo en mérito de su audacia.

La provincia de Esmeraldas es la primera
convertir en hechos la cólera en que rebo-
n sus habitantes. Sin titubeos proclama la
efatura Suprema del Caudillo que ya ha da-
o muestras de su pericia de guerrillero, de
incansable actividad, de su magnánimo
esprendimiento: Alfaro. Apenas éste lo sa-
e acude a cumplir con el deber que se le
pone. Entra en funciones del cargo que se
: ha investido en Pianguapí, poniéndose al
rente de sus reducidas, pero resueltas hues-
es. compuestas apenas de doscientos hom-

bres que allí le aguardan a las órdenes del Comandante Franco y del Teniente Villacís. El 20 de Julio de 1882, desde La Tola se lanza el hermoso y enardecido Manifiesto, en que el Secretario de Alfaro—don Miguel Valverde—marca con el inri del oprobio a Veintemilla, “ese reo de cien traiciones—dice—: traidor a García Moreno, traidor al Partido Conservador, traidor a Borrero, traidor a la Causa Liberal, traidor a sus amigos, traidor a su Constitución, a su Patria, a su propio Gobierno y a sí mismo” Luego, con mucho tino se añade: “No se trata ahora de hacer distinción alguna entre los partidos políticos del Ecuador: asunto secundario que la honradez y el patriotismo resolverán más tarde. Es el cesarismo, en la más repugnante de sus formas; es el temerario usurpador, que pretende que su voluntad sea la ley absoluta, y que su personalidad valga más que la gran colectividad nacional; es el General Ignacio Veintemilla a quien hay que declarar guerra implacable, y a quien se la declaramos en efecto”

- Alfaro y sus compañeros, llenos de fe y optimismo, emprenden en una lucha completamente desigual, ya que los dictatoriales cuentan con un ejército cinco veces superior y bien equipado, con cañones y excelentes fusiles. Tales desventajas determinan que Alfaro, luego de dar reiteradas pruebas de fe-

merario valor en las batallas, vistas las exiguas posibilidades de su gente—entre la que se inicia incontenible la deserción—opte por emprender la retirada. Sufriendo mil penalidades, dando un inmenso rodeo, logra salir a Barbacoas, de donde va a su asilo de tantas ocasiones: Panamá.

La campaña, tan desgraciada en sí, tiene todavía un epílogo más doloroso.

Apresado don Miguel Valverde, cuando a bordo de un vapor trata de buscar refugio seguro, se lo traslada a Guayaquil, donde también se halla prisionero el Capitán Mario Oña, quien fuera herido en Esmeraldas. A ambos el Dictador les reserva la misma terrible pena: la flagelación. Las espaldas desnudas de Valverde son inicuaamente azotadas (9 de Noviembre de 1882), haciéndose, luego, lo mismo con las de Oña. Los chasquidos del látigo repercuten con eco tan infamante y los ayes de las víctimas suenan con tan tremendo alarido de acusación, que ellos despiertan y ponen de pie a la gran mayoría del país.



LA RESTAURACION

La hoguera de la revolución se levanta incontenible. De todas partes surgen hombres dispuestos a combatir la Dictadura. Un convenio sin palabras, una decisión que obedece a un mismo anhelo, viene a originar la convergencia de todos los bandos políticos, haciendo así que el movimiento tenga caracteres formidables, únicos en nuestra historia republicana.

El ejército expedicionario del Centro—a cuyo frente se encuentra el abogado colombiano don José María Sarasti, convertido, en razón de méritos, en General ecuatoriano—la división del Sur—diestramente comandada por el insigne General Javier Salazar—y las legiones denodadas que en el litoral victorean como a su Jefe a Eloy Alfaro, son tres avalanchas heroicas que, transformadas a la postre en una sola, habrán de derribar con su empuje incontenible al baluarte en que, en su insólito afán de mando, se encastilla el Dictador. No toca aquí recordar toda

esa campaña larga, pero decisiva. Nos limitamos a consignar que el día 10 de Enero de 1883 las fuerzas restauradoras se apoderan de la Capital de la República tras esforzada lid, constituyendo allí un gobierno provisional compuesto por los señores Luis Cordero, Pablo Herrera, Rafael Pérez y Pedro Lizarzaburu. No enumeramos sino a los que llegan a ejercer el Poder, pues varios miembros, principales o suplentes, no tienen actuación alguna dentro del ejercicio gubernativo.

Sin embargo, a pesar de haber asestado a la Dictadura tan recio golpe, resta todavía lo más difícil de ejecutar, pues Veintemilla, atrincherado en Guayaquil y al frente de tropas numerosas, veteranas y firmemente resueltas a defenderlo, aún se muestra fuerte, aún es un grave peligro para la libertad. Mientras no caiga él, nada se ha conseguido. Hay que hundirlo, hay que aplastarlo en el refugio que ha buscado.

Así lo comprenden los que tienen por enseña el nombre de Alfaro y así lo llevan a práctica en esa célebre campaña del Litoral que luego se inicia.

Nuevos héroes se presentan en la palestra, henchidos todos ellos de bravura y tocados de luz de ideal. Uno de los más decididos de éstos es Luis Vargas Torres, quien, con el fervor que pone en todas sus cosas y con el desprendimiento propio de su alma genero-

sa, va a Panamá, invierte buena suma de dinero en la compra de armas y municiones, alista personal para su empresa, buscándolo entre emigrados y colombianos de buena voluntad, y regresa al Ecuador a enfrentarse con el enemigo.

En La Tola se reúnen con las montoneras del Comandante Villacís y con otros patriotas que acuden presurosos a prestar su contingente. El 6 de Enero de 1883 atacan la población de Esmeraldas y derrotan a los trescientos soldados del Coronel Ulbio Camba, cien de los cuales mueren en el campo de batalla.

Una comisión especial hace saber el triunfo de los revolucionarios a su Caudillo. Acompañado de los Coroneles Melitón Vera, Hipólito Moncayo y José Vargas Plaza, Alfaro se embarca en viaje a la Patria, portando quinientos fusiles y cincuenta mil cartuchos. En los primeros días de Febrero llega a Esmeraldas. Luego pasa a Manabí, provincia que no le ofrece resistencia.

Inmenso e imponderable es el alborozo que siente la tierra de Alfaro con la presencia de éste. Todo el pueblo quiere tomar las armas. Mujeres y niños las piden para acabar con el despotismo imperante, todo lo que demuestra su amor a la libertad y su admiración para el Luchador.

A una sola voz se lo proclama Jefe Supremo. Acatando la voluntad unánime que le discierne ese título, establece su Gobierno, designando su primer gabinete en la siguiente forma: Ministro de lo Interior y de Relaciones Exteriores, don Manuel Semblantes; de Hacienda, don Federico Proaño; y de Guerra y Marina el Coronel Juan José Franco.

Aquí da una ejemplar prueba de su modestia y poco apego a los honores. Aclamado por todos como General, rehusa aceptar ese grado con las siguientes moderadas frases: "Os lo agradezco de corazón; pero tengo, ante todo, el deber de dar ejemplo de abnegación y desprendimiento, y lo hago con entusiasmo, porque así sirvo mejor a los principios republicanos. Respetuosamente renuncio, pues, el título militar que me habéis dado".

Alfaro se dirige entonces a las multitudes que en él ven al salvador y proclama "los principios de una regeneración equitativa en su desarrollo y generosa en sus medios, por el firme deseo de levantar al país, darle vigor y transformarlo en el sentido que indican las amplias ideas del Liberalismo, que busca el orden y se funda en la protección a todo lo que es justo y legítimo"⁴

En estas palabras se refleja, en forma clara y sintética, el talento del estadista y el

alma del reformador. Para juzgar debidamente el carácter moral de éste, es menester que se tome en cuenta estas declaraciones, se las analice en su profundidad y se comprenda lo que ellas significan. Sólo de este modo se admirará debidamente al caudillo que, al margen de preocupaciones económicas y de obsesiones de gloria, lo único que aspira es la grandeza, el honor, la libertad para su patria convertida en una cárcel custodiada por genizaros. Tales expresiones de Alfaro lo presentan como al Padre del Liberalismo ecuatoriano; de un liberalismo sincero y de programa, incomprensible para tantos que, en esos tiempos, creen equivocadamente pertenecer a ese partido, sólo porque se dan a sí mismos esa denominación. Liberalismo es alfarismo, en sus albores.

Desde el 20 de Marzo, en que inicia resueltamente su campaña, la marcha de Alfaro no es sino una serie de victorias. Nada se le resiste: unos ceden por la fuerza, otros por el temor que inspira. Su ejército se halla en magníficas condiciones; se compone de 1200 hombres listos a todo evento, con divisiones de infantería y caballería. Para exaltar aún más el entusiasmo, día a día, aumentan los voluntarios, muchos de ellos gente distinguida del puerto principal.

Veintemilla, como fiera acorralada en su cubil, está fortificando su último reducto en Guayaquil. Y es así como—en la tarde del 29 de Abril de ese mismo año—Alfaro llega con sus triunfantes tropas a la hacienda de Mapasingue, frente a frente de su adversario.

EL 9 DE JULIO DE 1883

Es tanta la decisión del ejército alfarista y tal su confianza en que sabrá infligir la derrota a las falanges dictatoriales, que todos, en unánime clamor, solicitan trabar inmediatamente la lucha. El mismo General Vera, uno de los Jefes de mayores conocimientos en estrategia, lo aconseja, secundado por los demás. Se trata de un acto temerario, pero que habría dado buenos resultados en razón de las circunstancias. Ganando tiempo, se evita que Veintemilla haga mayores preparativos para la defensa, como la fortificación del cerro de Santa Ana, trincheras en ciertos lugares, etc.

Apremiado por tantas instancias, Don Eloy se resuelve a atacar Guayaquil el 3 de Mayo, pero una comunicación del General Sarasti le hace variar de determinación: insta-le éste a que no proceda solo en el movimiento, sino aunando las fuerzas para asegurar el éxito.

Alfaro, libre de toda ambición personal que a otro habríale lisonjeado en estos momentos, accede a la petición. El 10 de Mayo, en la hacienda de San Antonio, se entrevistan los dos guerreros y, como resultado, se celebra un convenio solemne: cada uno de ellos sigue con el mando de sus respectivas tropas; de mutuo acuerdo se dirigen las operaciones y, una vez tomado Guayaquil se comprometen a retirarse ambos a fin de que el pueblo se adhiera a cualquiera de los dos gobiernos que entonces hay en la Nación, al de Quito o al del Litoral. Los términos de ese pacto no pueden ser más honrosos para los dos que lo formulan.

Sarasti, en noble gesto, le propone a Alfaro que éste asuma el mando del ejército unido, ofrecimiento que, con igual actitud de caballerosidad, no se le acepta.

De común acuerdo proceden las tropas de la Restauración y las del Liberalismo—que se las llama de la Regeneración—, constantes en total de seis mil hombres. Sólo por ser consecuente con Sarasti o porque éste lo impide al dar en persona la orden de que cesen los fuegos, Alfaro no entra triunfante con sus fuerzas a la ciudad el 3 de Junio, pues, en el ataque de ese día, los dictatoriales, sin poder contrarrestar el ataque, retroceden en vencimiento cuando los contrarios están a punto de apoderarse del puente del Salado.

el que, como medida de precaución, lo cortan después.

Tras de varios días de combates parciales, el 9 de Julio de 1883 se traba la enardecida y cruenta batalla que determina que los ejércitos unidos entren a la libérrima Guayaquil. En el amanecer de esa fecha, balas traidoras tratan de asesinar a Alfaro cuando éste se dispone a la lucha. ¿Es la envidia la que impulsa tan cobarde atentado? ¿No se quiere que el guerrero costeño comparta del triunfo? Miserias, horrorosas miserias de los hombres! Son varios oficiales los que disparan; se los reconoce; se anuncia su nombre a Don Eloy, pero éste hace un ademán de indiferencia y, al trotar de su caballo, sigue avanzando con el estoicismo en él característico. Más tarde, como único comentario del lance, dice con sencilla elocuencia: "No me preocupé por ese incidente, y fijé mi atención en los fuegos de vanguardia!"

Este es el temperamento propio de Alfaro. La heroicidad la practica como cosa innata en él, sin darle tintes de relieve ni mucho menos hacer gala de ella. Otra prueba nos da en la reseña que hace de la acción de armas que nos ocupa, que la sintetiza así: "La gloria de la jornada del 9 de Julio correspondió a las columnas de ambos ejércitos que atacaron la línea fortificada del cerro de Santa

Eloy Alfaro--&

Ana, y se apoderaron de ella; lo demás todo fue secundario, inclusive la captura de la trinchera del Manicomio, que fue el hecho de más importancia, después de aquel". Sin embargo, qué cúmulo de proezas realiza allí, Don Eloy para apoderarse de esa casa de orates convertida en verdadera fortaleza!

No bien obtenida la victoria, Alfaro corre en busca de Miguel Valverde, al que encuentra en momentos en que le quitan los grillos. Alborozado se arroja a sus brazos, mientras a sus ojos asoman lágrimas de emocionado afecto para el amigo.

Entre tanto, a bordo del "Santa Lucía" fuga el Dictador, llevándose el dinero asaltado a un Banco y, más que ese cuantioso botín de latrocinio, la odiosidad del pueblo que, al fin, recobra sus derechos.

DESINTERES DE ALFARO

Aún hay olor de sangre y de batalla en el ambiente, y ya asoman, cínicas y restreras, la ambición y la intriga.

Alfaro, en actitud caballeresca, dejó oír su voz que, nuevamente, señala su alto quilataje espiritual. Hace presente la necesidad de alejarse del Poder a todos aquellos que han actuado en contra de Veintemilla. “Por mi parte—dice—la designación de Magistrado con que me han honrado los habitantes de la ínclita Esmeraldas, servirá de base para dar ejemplo de abnegación y patriotismo”.

Permitímonos recomendar el contenido de estas frases que copian a maravilla su desinterés y nobleza. El Poder no es su sueño, como creen algunos de sus adversarios: su sueño es contemplar cristalizada en la política el ideal que le inquieta y le pone alas para la empresa y denuedo para la lucha.

No quiere el Poder. Está equivocado el General Francisco Javier Salazar al alejarle al Jefe Liberal de toda conversación para co-

locar las bases del nuevo Gobierno. Están equivocados sus detractores al empeñarse en arrojar sombras sobre el intrépido Caudillo y manchar su nombre con la baba inmunda de la calumnia. Si. Se equivocan, pues están cegados de pasión y tienen que tropezar y tienen que caer

La revolución de Veintemilla es revolución liberal, movida y animada por Alfaro. Este es antorcha y brújula. Algo más: es el espíritu que anima a los de veras sedientos de libertad y hambrientos de justicia. Sin él, Veintemilla habría seguido en sus orgías, así como habría continuado dormida la conciencia nacional.

No se puede prescindir de quien está llamado a prestar luz para la seguridad en el nuevo camino. Alfaro, repetimos, no sueña en el Poder. Es por esto que, al igual que Sarasti, disuelve sus huestes, dócil a su compromiso; caballerosidad que sirve para el triunfo del conservatismo en la Asamblea Constituyente que se reúne en Quito el 11 de Octubre de 1883, la cual elige para Presidente al señor doctor José María Plácido Camaño y Gómez Cornejo, guayaquileño perteneciente a la clase aristocrática .

De los sesenta y dos diputados asistentes sólo veinticinco son liberales, los que dan su voto para la Primera Magistratura por Alfaro. Este, en la sesión de 2 de Febrero de

1884, es ascendido por la Convención a General de Brigada. Don Eloy abandona nuevamente la Patria y va en busca de su dilecta Panamá, en pos del refrigerio que le brinda el hogar.

LA EPOPEYA DE JARAMIJO

La administración de Caamaño es una mueca simiesca, un alarde caricaturesco de la de García Moreno. Un pigmeo que intenta hacer aquello que está reservado a los gigantes. Los atropellos llegan al culmen. La supremacía del clero no tiene límites. Las persecuciones se extreman. El asesinato cobra carta de naturaleza; el patíbulo se levanta inmisericorde para inmolar a víctimas inocentes. Pero no a la manera de García Moreno, asumiendo toda responsabilidad, sino recurriendo a la hipocrecía, a la negación del crimen o a culparlo a otros.

No es posible, pues, que los que atesoran el amor a la libertad se resignen ante ese Gobierno y abandonen sus espadas en que centellea la esperanza. Luis Vargas Torres, siempre el más impaciente y el más resuelto, se llega otra vez a Panamá a conferenciar con Don Eloy. Compra entonces una buena cantidad de armas y pertrechos: dos mil rifles y cincuenta mil tiros se adquieren por sesenta

y siete mil dólares, una ametralladora en mil trescientos y, lo más importante de todo, por mediación de Federico Proaño—Secretario entonces del Presidente de El Salvador— se compra en treinta y cinco mil dólares el vapor “Alhajuela”, — después bautizado de “Pichincha”, nave de trescientas toneladas que se la arma en son de guerra, dotándola de una ametralladora y dos culebrinas de bronce. Los Presidentes de El Salvador y de Nicaragua protegen la nueva aventura. El Gobernador de Panamá contribuye con dos cañones en préstamo.

Aún en esa ocasión la adversidad del destino trata de probar la fortaleza del Héroe: un grupo de revolucionarios colombianos que intenta derrocar al Dr. Cervera, Presidente del Estado de Panamá, se apodera del “Alhajuela”, lo utiliza para sus fines y, si luego lo abandona, es dejándolo bastante maltrecho y aprovechándose de buena parte del elemento bélico que allí encuentran.

Ya porque Don Eloy esté en convivencia con varias personas respecto a sus propósitos o porque el anuncio de su próxima expedición —que, por varias circunstancias, llegase a conocer— levante los ánimos de muchos, es lo cierto que en el Ecuador surgen esos días un sinnúmero de movimientos subversivos a su favor, entre los que mencionaremos los siguientes: el 15 de Noviembre de 1884 el

Coronel Centeno proclama a Alfaro en Montecristi; el 17 imita esa conducta Esmeraldas; el 28 se observa igual proceder en Palenque, de la provincia de Los Ríos... Además, los Coroneles Nicanor y Rafael Arellano preparan la invasión a Tulcán y por diversos puntos aparecen montoneras que flamean la bandera de la insurrección.

El 15 de Noviembre de ese año, los patriotas ecuatorianos abandonan Panamá a bordo del "Alhajuela", no bien reparado, por la prisa con que se lo habilita, pero en el cual se embarcan diez y siete expedicionarios, entre los cuales sólo hay dos soldados rasos, ya que los demás son Jefes que van a la patria para cumplir con su deber cívico poniéndose al frente de diversos cometidos. Al seguir la ruta, cerca de Tumaco, tras cruento y prolongado combate y no obstante su diminuta tripulación, logra derrotar al "Santa Lucía" —20 de Noviembre—, vapor que contra ellos envía el Gobierno, noticiado de su salida por un cablegrama.

Arriban a Esmeraldas, quedando de Jefe de esa plaza el Coronel Luis Vargas Torres. Alfaro marcha con sus huestes hacia Manabí. Todos levantan su fe y su entusiasmo. Llegan a Bahía de Caraquez el 27 de Noviembre. Dicta todas las medidas estratégicas del caso. Envía refuerzos y armas a los soldados adictos que están al mando de los Coroneles

Centeno y Medardo Alfaro. En las afueras de Charapotó, este último alcanza el triunfo sobre la tropa enemiga, que se retira incendiando la población.

El 1º de Diciembre, Alfaro ataca Portoviejo, pero las fuerzas gobiernistas, muy superiores en número, no sólo resisten sino que hacen retroceder y dispersan a las revolucionarias. Ante este descalabro, Don Eloy piensa seguir a Esmeraldas, para enviar al "Alhajuela" a que traiga nuevos recursos; mas, rindiéndose a las razones de sus partidarios, desecha ese atinado propósito y se resuelve a arriesgarlo todo en una acción naval.

Al día siguiente ponen en fuga al barco enemigo "9 de Julio" que se acerca a Bahía. Después de esto, al comprender la poca seguridad de ese sitio, se embarcan setenta y dos valientes en el "Alhajuela", con la intención bien deliberada "de volar la nave antes que sufrir el oprobio de caer prisioneros y ser calumniados, encarnecidos y victimados por el enemigo cruel e implacable".

Entre las sombras de una noche estival se desliza la heroica nave en pos del adversario. En la ensenada de Manta descubren desprevenido al "Huacho" con quinientos individuos a bordo; se acercan, le disparan un cañonazo al mismo tiempo que a toda máquina se precipitan sobre él y lo sujetan por

la proa. Alfaro da la orden de abordaje. Se trababa entonces una horrenda batalla en la cual la audacia y la temeridad de los patriotas raya en santa locura. Inútiles ya las armas de fuego, la lucha continúa sólo con machetes y bayonetas. El "Huacho" es ya un solo lago de sangre; la mayor parte de su tripulación ha muerto o se ha escondido en las bodegas, rindiéndose a discreción el resto.

La gloria, ante el arrojo de los rebeldes, se acerca a ceñir de laurel sus frentes, cuando de improviso se ve asomar al "Nueve de Julio" el otro barco gobiernista cargado de hombres y municiones. Los héroes del "Alhajuela" lo esperan ansiosos de combate. Comprenden entonces la superioridad del enemigo y, más de una vez, tratan de asaltarlo. Mas, un reguero de metralla rompe el timón y mata al timonel, Comandante Andrés Marín poniendo al barco al borde del naufragio y de la muerte.

Con desesperación y sublime arrojo siguen en la titánica lucha los liberales, pues todavía cuentan con municiones. Pero la nave está desmantelada, más de la mitad de sus setenta y dos combatientes ha caído y ya no es sino un esotérico símbolo, una gigantesca tea que arde en el océano. Alfaro ordena acercarse a la costa; se practica la maniobra y el navío incendiado pasa majestuosamente

junto al "Nueve de Julio", combatiendo todavía.

Cuando se agotan las municiones y las llamas comienzan a besar las carnes de los luchadores, éstos bótanse a las aguas en busca de salvación. El único que, en actitud hierática, espera morir abrasado por esa hoguera es el caudillo, convertido en algo así como la estatua del heroísmo; pero, instado por los suyos, arrójase también a las ondas, a las 4 y 35 minutos de la mañana del seis de Diciembre de 1884.

El "Alhajuela" encallado en las playas de Jaramijó, en una conflagración de epopeya, sigue todavía iluminando con sus fulgores al Héroe que allí conquista renombre imperecedero.

CAAMAÑO

Eloy Alfaro--3

Alfaro saborea otra vez el amargor del ostracismo. Por decreto del 18 de Noviembre de 1884, expedido por el Encargado del Ejecutivo, General Agustín Guerrero, se lo ha declarado pirata, disponiendo que su nombre se borre del escalafón militar.

Síguese escuchando el estridor de cadenas y el correr de desventuradas víctimas sin más crimen que el de haber sacrificado su tranquilidad y su hacienda en el afán de conquistar la libertad para el patrió suelo. Vargas Torres, Infante, Viteri, desde su tumba testifican de la nobleza y valor de sus almas y de la ignominia de sus sacrificadores.

Al fin, toca al ocaso este régimen. Sombras, lamentos, maldiciones, un olor de sangre y de hoguera que se apaga, deja a su fatídico paso. Por más que sean muchos los defensores de Caamaño —naturalmente, dentro de los favorecidos por la teocracia que implanta o por los simpatizadores de ella— el veredicto histórico le es adversó. Caamaño

—dice Remigio Romero Cordero—, empeñado tesoneramente en resucitar los tiempos garcianos, no era, en verdad el hombre que exigía en el Poder la situación nacional de 1884". Y Juan Emilio Murillo dictamina así: "Tiranuelo de instintos neronianos, cruel y perverso a la vez, que reflejó en sus crímenes el raquitismo de su espíritu. . . . Atropelló y pisoteó todas las libertades públicas e hizo escarnio del voto popular".

Sin las estupendas cualidades del gran Magistrado que escoje por modelo, quiere imitarle, pero sólo incurre en la ruindad, pues aún para las malas acciones se necesita de la grandeza que se pone en ellas, para hacerse las perdonar.

ADMINISTRACION DE FLORES

Desde que asume la Presidencia de la República el doctor Antonio Flores Jijón, el 17 de Agosto de 1888, su mayor preocupación es hacer un gobierno de paz y conciliación.

Diplomático, ante todo y sobre todo, conoce perfectamente los recursos de la política y las añagazas necesarias para hacer caer a los hombres, cuando ellos sólo tienen presente sus íntimas conveniencias.

Por medio del Cónsul ecuatoriano en el Callao, le ofrece a Alfaro una Plenipotencia en el país que elija o el cargo que sea de su satisfacción, anunciándole, así mismo, “la cesación de hostilidades, olvido de las ofensas y la iniciación de sólida amistad en beneficio del desventurado Ecuador”.

Cualquier politicastro no habría titubeado en aceptar tan amigable ofrecimiento. La vida de la diplomacia—ese dulce ocio rentado—es la suprema bienaventuranza de muchos. Sin embargo Alfaro, nada quiere para

él, ni gloria ni riquezas, le habla así al Cónsul :

“Conteste usted al doctor Flores que el olvido de las ofensas es lo de menos, ya que el primordial objeto es el de la felicidad de la Patria; que la amistad sólida puede también efectuarse, si concuren todas las circunstancias a ella encaminadas; pero que me es muy doloroso se propongan estas cosas, anteponiendo ofrecimientos de empleos.”

He aquí una prueba más de la noble altivez del Padre del Liberalismo ecuatoriano. Ante estas palabras, nadie podrá tildar su conducta política, ni ninguno que se precie de imparcial querrá envolver en sombras su figura moral aureolada con gemas de espléndidas virtudes.

Imbuído por las ideas de ciertos liberales colombianos, es viejo anhelo del doctor Flores—pues data de 1865—establecer en el Ecuador una escuela política que tenga por norma el eclecticismo, tan de acuerdo con su temperamento sin violencias.

Ya en el Poder, trata de llevar a cabo su pensamiento, es decir, la implantación del Progresismo, por cuyo triunfo lucha incansablemente, no sólo mediante sus acciones de Primer Magistrado, sino aún recurriendo a la prensa, en la que su brillante pluma de escritor sustenta sus ideales doctrinarios.

Esta política de ecuanimidad, en la que se quieren conciliar las diversas aspiraciones de grupos, dándoles participación en lo administrativo, trae como consecuencia que se debilita el poderío del partido conservador, muchos de cuyos miembros principales van a integrar el organismo naciente. Este proceder, naturalmente viene a favorecer en gran manera al Liberalismo. Uno de los más fogosos corifeos de éste —el doctor José Peralta— ha escrito estas líneas de sereno enjuiciamiento: “Antonio Flores Jijón concedió alguna libertad de Imprenta, y permitió formar sociedades políticas bajo la bandera liberal. De bemos confesar paladinamente, que el desamordazamiento de la prensa y la extinción del Liberalismo se deben a dicho Magistrado; varón de ideología moderna y de vasta ilustración que, a pesar de verse cohibido por las preocupaciones de la mayoría de sus conciudadanos, ahogado por el ambiente de oscurantismo que le rodea, apremiado por sus compromisos con el bando político que lo llevó a la Presidencia, consiguió romper las ataduras de la primera de las libertades públicas . . . El Liberalismo le debe este gran bien al segundo Flores; y es ya tiempo de que la historia comience a tributarle el honor que le corresponde en justicia”.

Efectivamente, en esa época, desparraman torrente de luz, las plumas de Juan Benigno Vela, Abelardo Moncayo, José de Lapierre, Felicísimo López, Luciano Coral, Manuel J. Calle, el mismo Peralta y otros escritores de vibrante dialéctica y fogosa oratoria.

El 1º de Julio de 1892 termina el ciclo floreano, sin luto ni lágrimas.

**FIGURACION CONTINENTAL
DE ALFARO**

Libre de las ponsoñosas garras de los retardatarios, vuelve Alfaro a su odisea tantas veces vivida.

Panamá, el dulce cariño del hogar, pone breve paréntesis a su vida de batallador. Mas, un espíritu inquieto como el suyo, no puede estar en inacción. Manteniendo activa correspondencia con los que piensan como él, sin dejar de escrutar las posibilidades de una reacción y procurando encontrarlas en los hombres de buena voluntad que se rindan a su influjo, recorre el Continente en una gira que agranda, ciertamente, su figura.

Es siempre el batallador incansable; el batallador, no sólo por su Patria, sino también por los ideales de los países hermanos que soportan los grillos y las cadenas de la esclavitud. Después de Bolívar, de San Martín, de Sucre —de los héroes de la magna epopeya de la independencia— la justicia obliga a colocar a nuestro Caudillo, en lo contemporáneo, co-

mo un atesorador de **conciencia cósmica**, como un paladín de espíritu internacional y como el adorador más ferviente de la Libertad.

Su horizonte de guerrero y estadista se dilata inmensamente en la escuela de los viajes. Su alma descubre nuevas verdades en el destino de los pueblos. Su paso de peregrino deja huellas donde se asienta. Cuando se halla en Centro América contribuye a que se restablezca la paz entre Guatemala, El Salvador y Honduras: así suscita hondas admiraciones y vivas simpatías, lo mismo que en Nicaragua y Costa Rica. En Caracas propugna uno de sus sueños más generosos: la restauración de la Gran Colombia. En Lima —donde reside largo tiempo— conviértese en el foco de atracción de la colonia ecuatoriana, numerosa y distinguidísima entonces. En Chile, en el Uruguay, en la Argentina, en el Brasil, se acrisola su indiscutible prestigio.

¡Que amistades las que traba entonces! Los libertadores le atraen, le fascinan, los que tienen su misma tendencia luchadora merecen principalmente su consideración. Así entabla conocimiento, así se vincula espiritualmente a Máximo Gómez, a Porfirio Díaz, a Nicolás de Piérola, a Bartolomé Mitre a Juan de Dios Uribe, a Joaquín Crespo, a César Conto, etc., etc.

En Nueva York, en 1894, contrae una amistad que determina grandes acontecimientos. Se entrevista con José Martí, se confidencian sus pensamientos y, como su entendimiento es recíproco, ambos se empujan para la consecución de sus propósitos. Las ideas de Alfaro —así lo reconoce el Dr. A. Ramón Ruiz, Director General de la Liga Internacional de Acción Bolivariana —impulsa a Martí para que al año siguiente ponga en práctica su noble proyecto de luchar por la independencia de su Patria, la hermosa Perla de las Antillas.

El mejor elogio de Don Eloy es el que le hace el eximio patriota cubano después de tratarlo en la intimidad: “Alfaro—declara—es uno de los pocos americanos de creación”.

En cuanto al valer continental del gran Caudillo ecuatoriano no puede ser más significativa la denominación que, con motivo de haberse levantado en Bogotá un monumento a su memoria, le da el Senado de la República de Colombia:

Alfaro, ciudadano de América

Sólo varones de su talla merecen tan alto cognomento.

PRESIDENCIA DE CORDERO

Eloy Alfaro



Después de las elecciones más reñidas que hasta entonces se observan en el Ecuador, por un estrecho margen de sufragios a su favor (32.467 en contraposición a 27.842 que obtiene Don Camilo Ponce), el Dr. Luis Cordero Crespo asume la Presidencia el 1º de Julio de 1892.

Su régimen no se aparta de la estela de su antecesor, pues propugna también el progresismo que va ganando nuevos adeptos y, por tanto, facilitando el advenimiento del liberalismo. De tal manera se confunden entonces las denominaciones de los partidos políticos, que Destruge llama a Cordero "liberal de los de la escuela moderna", en tanto que Remigio Crespo pondera su extremado clericalismo, que lo lleva a hacer aquella célebre declaración de que, en caso de un conflicto entre la Iglesia y el Estado, se pondría de parte de la primera, declaración —dice el aludido escritor— que "no habría hecho García Moreno".

Su corta administración termina desastrosamente con aquel infame episodio conocido con el nombre de "Venta de la Bandera". Debido a negociaciones clandestinas que el ex-Presidente Caamaño realiza en Chile por mediación del Cónsul Luis Noguera, se permite —mediante cuantiosa prima a los traficantes del honor nacional— que el crucero Chileno "Esmeraldas" ostente la bandera ecuatoriana para ser entregado al Japón, entonces en guerra con la China.

Al descubrirse el inícuo negociado, se produce unánime la protesta del pueblo ecuatoriano. En vano es que el Presidente explique haber sido burlado. En una carta que dirige en respuesta a otra de Veintemilla, que se halla en Chile, le dice con acento de sinceridad: "Acostumbrado a subsistir de mi trabajo particular, jamás he intervenido en especulación alguna que me deshonre, y preferiría mil veces una limpia y noble pobreza, al más ingente caudal adquirido por medios vergonzosos. En vano es que se destituya a Caamaño del cargo de Gobernador de Guayaquil que a la sazón desempeña. En vano resulta que la Corte Suprema de la Nación declare más tarde, interviniendo como Fiscal el integérrimo Dr. Adolfo Páez, la ninguna culpabilidad de Cordero.

En esos momentos no puede discutirse serenamente. Sólo se toma en cuenta la igno-

minia que ha caído sobre el país. Y no cabe duda que es el Gobierno el causante de ello, sea por su complicidad o por haberse dejado engañar en asunto de tamaña trascendencia.

En toda la República crece la indignación. Los ecuatorianos que se hallan en el exterior se apresuran a venir para vengar el honor ultrajado. Improvisanse entonces falanges castigadoras de este crimen. El 12 de Febrero de 1895, el pueblo de El Milagro, encabezado por Enrique Valdez y Pedro Montero, da la primera señal de insurrección. A continuación, le siguen Daule, Santa Lucía, Machala, Babahoyo, Tulcán, Latacunga, Ambato. . . .

En Quito, el 10 de Abril de ese año se subleva el Batallón "Flores", mientras el resto de la guarnición de la Capital le es leal a Cordero, lo que da lugar a que se entable la lucha, que deja un saldo de más de cincuenta muertos, treinta y tres heridos y ochenta prisioneros. En el parte oficial que eleva el General Sarasti, Ministro de Guerra, encomia la serenidad y valor con que hace acto de presencia el Jefe del Estado y la decisión con que combaten las fuerzas leales al grito de **¡Viva el Gobierno! ¡Abajo los ladrones!**, exclamación con la que, sin duda, quieren vindicar al Primer Magistrado, al mismo tiempo que acusar al auténtico responsable.

El Presidente sale en persona al campo de batalla a hacer respetar su Poder; más, ante el furor y la decisión de sus enemigos que, en varias provincias, ofrendan su sangre para lavar la mancha de la Patria, Cordero resuélvese a dimitir, dando hidalga prueba de republicanismo, el 16 de Abril de 1895, haciéndolo en términos de franca explicación y acatamiento a la voluntad popular, tales como estos: . . . “No ha incurrido mi Gobierno en culpa alguna que con razón pueda imputársele: sus actos fueron lícitos; sus intenciones, rectas. Pero el voto dominante de la República es el que debo dimitir; y como tengo por máxima inconcusa, la de que no es republicano gobernar contra la opinión, voy a dejar la Presidencia cumpliendo con lo que parece un deber”.

Al retirarse Cordero, deja en el Mando al Vicepresidente Don Vicente Lucio Salazar, para así hacerse la ilusión de que sigue imperando el orden constitucional.

5 DE JUNIO DE 1895

~~_____~~ a
Margarita

la Honra Nacional, ultrajada por un Gobierno traidor a la Patria;

- 2º—Que las ideas liberales son las que están más en armonía con la civilización y el progreso moderno y que son ellas las llamadas a hacer la felicidad de la República, la cual ha estado sojuzgada por una camarilla sombría, de especuladores inícuos;

RESUELVE :

- 1º—Desconocer la Constitución de 1883, y el Gobierno presidido por el señor Vicente Lucio Salazar;
- 2º—Nombrar para Jefe Supremo de la República y General en Jefe del Ejército, al benemérito General señor don Eloy Alfaro, quien, con su patriotismo y abnegación sin límites, ha sido el alma del movimiento popular que ha derrocado la inícuca oligarquía que durante largos años se impuso por la fuerza, sumiendo al país en un abismo de desgracias;
- 3º—Conceder amplias facultades al expresado General Alfaro, para que la reconstitución del país se levante sobre bases sólidas que ofrezcan garantías de Paz y Libertad a todos los ciudadanos, a fin de que florescan las Artes y las Industrias, la Agricultura y el Comercio;

- 4º—Pedir la convocatoria de una Convención Nacional, que reconstituya el país y juzgue y castigue a los culpables de traición a la Patria; y,
- 5º—Reconocer la autoridad popular interina, que ejerce el patriota señor don Ignacio Robles, Jefe Superior Civil y Militar de la Provincia del Guayas, a quien se le concede toda la suma de facultades necesarias al desempeño de su cargo.

Manuel M. Suárez, A. Plaza Iglesias, J. T. Noboa, Manuel G. Ramos, el Coronel Juan Francisco Morales, Pedro J. Boloña, Ignacio Robles, L. F. Carbo, José M. Urvina, J. Manuel José Carbo, Alejandro Noboa, Vicente Sotomayor y Luna, Francisco J. Icaza . . . Siguen quince mil setecientas ochenta y cuatro firmas.

Apenas concluída la Asamblea, don Ignacio Robles pone un coblegrama a Alfaro comunicándole la resolución de ésta.

Al día siguiente se recibe la contestación del Caudillo: "Gloria a Dios y honra al pueblo ecuatoriano por su levantado civismo . . . El programa de mi Gobierno será de reparación; nunca de venganza, nada de resentimientos por lo pasado. Justicia y Justicia inquebrantable debe de ser desde ahora nuestra consigna".

Luego se alquila el vapor "Panteur" para que conduzca a Alfaro desde el puerto de Corinto. Como se sabe su difícil situación económica, se le envían treinta mil pesos. Ansiosamente se espera su llegada.

Aunque la lucha ha de prolongarse por largo tiempo todavía, es evidente que el 5 de Junio de 1895 señala la fecha máxima del Liberalismo, porque ese día es el día del triunfo ideológico del partido. Su doctrina vierte desde entonces su claridad indeficiente en las conciencias de los ciudadanos que en ella encuentran la liberación del espíritu, las garantías de la convivencia social y el reinado irrestricto de la Justicia y el Derecho.

ALFARO EN GUAYAQUIL

Jamás en los anales de nuestra vida republicana se ha visto una apoteosis semejante a la que Guayaquil tributa a Alfaro, a quien ya desde entonces se lo llama El Viejo Luchador, pues llega al Poder al cabo de más de treinta años de campañas. Una muchedumbre de veinte mil hombres lo victorea con entusiasmo rayano en frenesí cuando arriba al puerto en la noche del 18 de Junio de 1895.

Véase como lo describe físicamente un testigo presencial del imponente recibimiento: "Era el General de complexión robusta; bajo el cuerpo; ancho de espaldas; tez bronceada; cabello lacio, ya blanco por la nieve de los años, cortado a rape; ojos muy vivos y penetrantes; frente ampliamente despejada; nariz ancha; labios gruesos, sobre todo el inferior; bigotes y perilla blancos. Vestía de levita, chaleco blanco, bastón de puño de oro y sombrero Jipijapa."

Eloy Alfaro--11

Hombres y mujeres gritan: ¡Viva Alfaro! cifrando en esta exclamación todas las esperanzas por el resurgimiento de la Patria.

Don Eloy, por decreto del día 19, como acto previo de su Gobierno procede a designar su primer Ministerio, que queda constituido así: de lo Interior y Relaciones Exteriores, don Luis Felipe Carbo; de Guerra y Marina, el General don Cornelio E. Vernaza; y de Hacienda y Obras Públicas, don Lizardo García.

Su proclama al hacerse cargo de la Jefatura Suprema exterioriza los mismos generosos sentimientos de siempre: "Ecuatorianos—dice—vengo sin odios ni venganzas y dispuesto a dar a todos mis compatriotas un abrazo fraternal".

Mas, este programa de armonía desde el principio encuentra vallas. La buena voluntad que palpita en sus palabras, sus enemigos las desvirtúan y las interpretan a su capricho.

Si toda la Costa vibra de fervoroso entusiasmo ante los albores de la nueva idea, en cambio, en la Sierra no es poca la resistencia que se le ofrece al Caudillo. El teocratismo de los regímenes anteriores han echado profundas raíces en el espíritu meditativo y filosófico de los habitantes de la serranía; y, así, Alfaro, para la mayoría de éstos, se presenta como un enemigo de la religión v

de la Iglesia o como un abanderado de la **Revolución Francesa**.

Al oír su nombre, desfigurado y falseado por la intransigencia, los que no lo conocen tiemblan de pánico y se aprestan a empuñar un arma.

A pesar de la oposición, Alfaro tiene que llegar a Quito para coronar su obra; pero no quiere entrar por un camino empapado en sangre, sin necesidad. Le repugna a su ingé-nito humanitarismo esta manera de abrirse paso. Prefiere mandar a Quito heraldos que llamen a la paz al pueblo. Designa un grupo de respetabilísimos caballeros—doctor Rafael Pólit, don José Eleodoro Avilés, don Francisco Fernández Madrid, don Sixto Durán Ballén, y don Martín Avilés—para que cumplan tan noble cometido. No se escuchan sus razones. Pesa más sobre los dirigentes de la Capital la elocuencia incendiaria que, desde los púlpitos, se prodiga en desesperado afán de contener los acontecimientos.

En vista de la tenacidad de sus enemigos, Alfaro se ve obligado a recurrir a la fuerza y se dispone a ascender al altiplano al frente de sus tropas.

**TRIUNFOS DE CHIMBO Y
EL GATAZO**

Para su campaña contra la Capital, don Eloy divide su ejército en dos fracciones: una división de mil doscientos hombres, dirigidos por el Ministro de Guerra General Vernaza y teniendo por Jefe del Estado Mayor al Coronel Wilfrido Venegas, toma la ruta de Babahoyo y Guaranda; el resto de las fuerzas, comandadas por el mismo Alfaro y por el Jefe del Estado Mayor, Coronel Juan F. Morales, sale por Durán, rumbo a Alausí y Guamote.

Después de una marcha penosa, por escasez de víveres y lo largo de las jornadas, el General Vernaza acampa en "Santa Lucía de Puchso" con varios batallones. Allí llega a saber que el enemigo se ha hecho fuerte en el pueblo de San Miguel de Chimbo. No obstante el cansancio de las tropas resuelve atacar al enemigo. Así lo hace en la mañana del 6 de Agosto de 1895, ocupando la plaza en la tarde de ese mismo día y poniendo en fuga a los conservadores, de los que quedan en el

campo más de doscientos entre muertos y heridos; el Jefe de estos Comandante Fidel López, no se comporta con la valentía a que está obligado. El Coronel Venegas, en el parte que eleva al superior, expresa que las disposiciones, así como la serenidad y energía de Vernaza, dan “el resultado de obtener espléndida victoria, después de once horas de rudo batallar”. Laméntase la muerte del valeroso Coronel babahoyense, Manuel J. Castillo.

Al éxito de Vernaza viene a sumarse bien pronto el que obtiene el Jefe Supremo en los días 14 y 15 de ese mismo mes y año, en los campos para siempre memorables de San Juan y Gatazo. Renunciamos a describir nosotros aquella acción de armas, prefiriendo que lo haga con su lacónico y sencillo estilo el Coronel Juan Francisco Morales, que secunda en todo las órdenes atinadas de Alfaro, al que se dirige en el documento que a continuación copiamos en lo relativo a nuestro objeto:

“El día 14 del corriente, de madrugada, presumiendo usted señor General en Jefe que debía llegar el segundo cuerpo del ejército que habría salido de Guaranda para reconcentrarse con las fuerzas bajo sus órdenes, acampadas en Cajabamba, dispuso que protejieran dicha reconcentración, el Batallón “9 de Abril” y la Columna “Tungurahua”

para cuyo fin tomaron las alturas de la Hacienda "Ballubú", como avanzada.

Por datos precisos tuvo conocimiento usted, de que el enemigo había salido de Riobamba el día 13 y se ignoraba su exacto paradero; por lo cual dispuso a las fuerzas bajo sus órdenes, de manera que impidiesen cualquiera sorpresa del enemigo. Al efecto, el Batallón 2º de Línea, coronó las alturas del camino y pueblo de Licán.

Los demás cuerpos del Ejército estaban sobre las armas y en sus campamentos a las doce del día indicado.

Serían las dos de la tarde, cuando se distinguió por el camino de Totorillas, un Ejército que avanzaba en dirección a Cajabamba, por lo cual se supuso que era el segundo cuerpo del Ejército antes mencionado, arraigándose esta suposición por cuanto esa tropa traía el mismo camino que debió tomar aquella y ostentaba en el sombrero el mismo distintivo que el nuestro.

Empero, este movimiento estratégico del enemigo no le fue favorable, pues el Batallón "9 de Abril" y la "Tungurahua" al reconocerlos, 2,20 p. m. rompieron sus fuegos para impedirles un flanqueo por su ala izquierda, que tentó desde el principio el enemigo.

Aunque las noticias del rompimiento del fuego eran contradictorias en los primeros

momentos, pues de los postas y Jefes, unos aseguraban que se batían entre amigos y otros con el enemigo, usted señor General en Jefe, dispuso para la defensa y ataque a todo el Ejército que comandaba en Jefe, el cual formó la siguiente línea de batalla: El ala izquierda apoyaba su extremo del otro lado de la quebrada denominada "San Juan", formado por el brazo del río "Chibrega" que corre al N. NO. L/4 a 0, de Ballubú y cruza por el pueblo de Sicalpa y la formaba el Batallón "9 de Abril", la Columna "Tungurahua" y el Batallón "Daule N° 2", cuerpo este que vino a reforzar a los primeros, media hora después de empeñado el combate.

El centro quedó formado por los batallones "Segundo de Línea" y "Libertadores" y 2 piezas de Artillería, cuerpos que, simultáneamente, fueron entrando en línea de combate bajo los fuegos del enemigo.

La Comisión Exploradora "al mando del Teniente Coronel graduado Aurelio Calderón, ocupó la vanguardia del centro, y enseguida la "Guardia de Honor de Caballería".

El ala derecha que apoyaba su cabeza al NE. de la Carretera, fue formada por el Batallón "Daule" N° 1, una pieza de Artillería y dos compañías del Batallón "Vengadores", los cuales entraron en línea de batalla casi al final del combate.

La reserva, quedó compuesta del Batallón "Yaguachi", la "Escolta de Honor", la "Columna Sagrada", la "Guardia de Honor de Caballería", dos compañías del Batallón "Vengadores" y una pieza de Artillería y una ametralladora.

Dispuesta así la línea de combate, los fuegos fueron vivísimos. A las cinco de la tarde, el enemigo trató de flanquearnos por nuestra ala derecha. Con tal fin, dejó parte de sus fuerzas contestando a nuestra ala izquierda y al centro, y todo el grueso del Ejército lo lanzó por la Carretera que da a Cajabamba. Fueron rechazados con grandes pérdidas de ellos por el Coronel Medardo Alfaro, a quien había mandado a protegerlos con las dos compañías del "Vengadores", momentos antes de recibir órdenes en este sentido del General en Jefe.—El "Daule N^o 1", por su parte defendió sus posiciones con denuedo y bravura, causándole muchas bajas al enemigo.

A pesar de este fracaso, volvió por segunda vez el enemigo a tentar el flanqueo, pero fue nuevamente rechazado, cayendo en poder de nuestras fuerzas, el Coronel Pedro I. Lizaraburu, varios Oficiales e individuos de tropa: serían las seis y cuarto de la tarde.

A las seis y media, el enemigo imposibilitado para consumar el flanqueo indicado, comenzó a trepar la cuesta de Gatazo y Ba-

llubú, trabándose un combate casi cuerpo a cuerpo con las fuerzas que componían el centro y la izquierda, siendo rechazadas heroicamente cuando pretendían coronar las alturas.

A las seis y cuarenta y cinco p. m. usted, señor General en Jefe, ordenó cesar los fuegos por comenzar la obscuridad de la noche, sin embargo muchos Oficiales e individuos de tropa del "9 de Abril", "Daule N° 2" y "Tungurahua", se avanzaron impetuosamente tras del enemigo que huía, pasando su línea de combate y siendo víctimas de su temeridad y arrojo, pues a esa hora ya no se podía distinguir a los combatientes para protegerlos, por lo cual cayeron varios en poder del enemigo.

Entrada la noche, usted señor General en Jefe, dispuso que las tropas combatientes se mantuvieran activas, en sus puestos, hasta la aparición de la luna, hora en que se organizaría la nueva línea de batalla, con la reserva del día siguiente.

A las dos y media de la madrugada del día 15, usted, señor General en Jefe, en unión del Estado Mayor General comenzó a organizar la nueva línea de combate instalando la artillería en los cerros de Ballubú, con la orden de romper los fuegos, en caso de ser atacada, pues la Infantería, escasa de municiones como se encontraba, debía permanecer

a la expectativa, para arremeter a la bayoneta al enemigo, después de gastar en blanco seguro las pocas municiones con que contaba por estar un poco a retaguardia nuestro parque principal.

Con la luz del nuevo día, se vió al enemigo ocupando magníficas posiciones en los cerros que arrancaban de la quebrada del río Chibunga hacia el Norte, o sea entre la carretera y el camino que dan a Calpi y Licán. A las siete de la mañana el enemigo ocupaba con su infantería las trincheras que había construido anticipadamente; a las siete y media disparó el primer tiro de cañón con granada, el que fue contestado con dos tiros de nuestra artillería con tanto acierto, que sembró el pánico entre las filas enemigas. A dos tiros más de la artillería enemiga, siguió un vivo cañoneo de la nuestra, que puso en vergonzosa derrota a las huestes del Gobierno de Quito, comandadas por el General Sarasti, dejando en el campo ocho cañones, abundante parque de artillería e infantería y una sección de la ambulancia, con siete camillas completas y sus accesorios.

A las doce del día, el enemigo había abandonado, del todo el campo en el más completo desorden, botando sus armas y refugiándose en los pueblos inmediatos para no seguir con el General Sarasti.

Durante la noche del 14 y la mañana del 15 se presentaron a nuestro campamento muchos desertores del Ejército enemigo, teniendo en la cinta del sombrero la inscripción de "Viva mi General Alfaro", y llevando consigo sus rifles y municiones".

Apenas obtenida la victoria, lo primero que hace Alfaro es evidenciar su magnanimidad en el Decreto que dicta en su Cuartel General de Cajabamba, el día 16, ordenando poner en libertad al gran número de prisioneros hechos en San Miguel de Chimbo y en Gatazo y concediendo completa amnistía en sus personas y bienes a todos los que depusieron las armas.

La gran batalla del Gatazo abre las puertas de la Capital a Alfaro. El empeñamiento de los adversarios del liberalismo ocasiona que esta lucha fratricida —que pudo evitarse al haber mayor comprensión— se realice sobre los cadáveres de más de un centenar de víctimas.

COMBATE DE GIRON

El orden cronológico nos obliga en esta parte a ocuparnos de la campaña realizada en el Azuay por esos mismos días y en la que toman parte notables personalidades.

Los liberales azuayos, en reducido número, por cierto, tratan de secundar el movimiento libertario de Guayaquil, mas nada pueden ejecutar ante el poder incontrastable de los conservadores. En vista de eso, el Coronel José Luis Alfaro va en ayuda de sus correccionarios, tomando la vía de Machala y el Pasaje, para dirigirse a Cuenca.

Los conservadores, capitaneados por los intrépidos Coroneles Antonio Vega Muñoz y Alberto Muñoz Vernaza, sabedores de que las tropas han llegado a Yunguilla y siguen avanzando, salen a su encuentro, el que tiene lugar cerca del pueblo de Girón y cerca también del punto donde en 1829 las tropas de Sucre infligen el más tremendo castigo a

Eloy Alfaro—12

las del Perú, que invadían “la tierra de sus libertadores”.

A las doce y media después de meridiano del 23 de Agosto de 1895 inicia el combate la artillería alfarista, situada en la hacienda “El Chorro de Girón”, sembrando el estrago y desconcertando a los enemigos, muchos de los cuales, inclusive varios Jefes, son hechos prisioneros en el primer ataque; pero el grueso de las tropas se hace fuerte en varias casas del camino del Portete y desde allí ofrece porfiada resistencia al Coronel Manuel Serrano, Comandante en Jefe de la división que, con varios batallones, las asedia.

Al fin, a las cinco y media de la tarde, se declara la derrota de los conservadores. Fugan los principales Jefes, pero se aprisiona a doscientos veinte y seis enemigos; estos tienen más de sesenta muertos, entre ellos los Comandantes Manuel Mosquera y Daniel Urigüen. La división alfarista consta de cuatrocientos sesenta hombres y las de Vega de 720.

En el campo de batalla los liberales aclaman como a Generales al Coronel Manuel Serrano, Jefe de Operaciones y al Coronel doctor Gabriel A. Ullauri, quienes observan una conducta recomendable en extremo, por la bravura y dotes estratégicos que ponen en juego hasta alcanzar la victoria.

El Coronel José Luis Alfaro, acompañado de su secretario, el Coronel Elías Troncoso y del Auditor de Guerra, Dr. José Peralta, del Comandante Herminio Arteaga, del Capitán Homero Serrano y de los Tenientes Ullauri y Pérez Moreno —que a marchas forzadas vienen del litoral— alcanza a llegar a Girón al día siguiente del combate. Se esperaba a ellos para hacer la entrada triunfal a Cuenca, la que se verifica al atardecer del día 25.

ENTRADA DE ALFARO A QUITO

El gobierno conservador, al saber los triunfos de Alfaro y la dispersión del Ejército de Sarasti, abandona la Capital. Los Liberales se reúnen entonces para adherirse al Jefe Supremo. He aquí el acta de pronunciamiento de Quito:

“Los infrascritos, ciudadanos de la Capital de la República del Ecuador,

Considerando:

Que la Provincia del Pichincha ha quedado en acefalia a consecuencia de la fuga del sedicente Gobierno conservador;

Que la mayoría de la República se ha pronunciado por el Jefe del partido Liberal,

Resuelve:

Reconocer, como reconocen, Jefe Supremo de la República al Señor General D. Eloy Alfaro, y nombrar para Jefe Civil y Militar de

la Provincia del Pichincha al Señor Dr. D. Belisario Albán Mestanza.

Dado en la Casa Municipal, en Quito, Capital de la República, a veinte y seis de Agosto de 1895.

Luis F. Borja, B. L. Calisto, Domingo Gantotena, P. Y. Navarro, J. I. Proaño, Federico Guillén, Ramón Germán, Ramón Barba N., Agustín A. Cadena, Vidal Ortiz, Manuel M. Guerra, Isaías Viteri, Modesto A. Peñaherrera, Ignacio Fernández Salvador, etc. (Siguen dos mil quinientas un firmas).

Como se ve no son **unos pocos liberales** —como dice Don Roberto Andrade— los que se pronuncian en Quito, sino una porción muy lucida y numerosa de esa altiva Ciudad.

El 4 de Septiembre entra triunfante el General Alfaro a la Capital de la República, donde sin pérdida de tiempo inicia su obra de reformador, de amante del progreso y decidido campeón de la libertad.

**LAS JORNADAS DE
CARANQUI Y CHAPUES**

Apesar de los triunfos de Alfaro y de la ocupación de la Capital, los conservadores mantienen aún su oposición en las provincias del norte del país, donde se retiran varios contingentes armados a órdenes del Ministro de la Guerra del desaparecido Gobierno, Dr. Aparicio Rivadeneira.

Los liberales, comandados por el Coronel Nicanor Arellano, salen a combatirlos. A su paso, comprueban que la opinión popular se inclina a Alfaro. En San Antonio de Ibarra los recibe la población a los sones de una banda de músicos que luego se incorpora a sus huestes. Se victorea sin descanso al gran Caudillo del Partido Liberal.

Arellano avanza con sus doscientos hombres a Caranqui. Allí lo atacan el 22 de Septiembre de 1895 los conservadores dirigidos por el Comandante Ricardo Cornejo al frente de quinientos soldados. Al cabo de tres horas y media de reñida lucha, los liberales

triunfan en forma aplastante, tomando buen número de prisioneros.

Al comunicar Arellano la buena nueva al Jefe Supremo dícele que este combate “a más de escarmentar a incalificables contumaces, ha contribuido a la inmediata pacificación del Norte y a arrancar de cuajo hasta la última esperanza de los que todavía no acatan los designios de la Providencia que, fatigada de tantos crímenes como los consumados por nuestros protervos opresores, haya señalado la hora de reparación y justicia para el Ecuador”. Alfaro contesta este mensaje con el gesto que le es peculiar: ofreciendo perdón y garantías a los vencidos.

Hay todavía un episodio más de sangre en ese año de luchas. Cien conservadores, los más recalcitrantes, muéstranse en actitud de desafío en Chapués, cerca de la frontera con Colombia. Los coroneles Arellano y Enrique Morales A. los atacan y en un cuarto de hora de incesante fusilería los ponen en desbandada.

Así se consolida la transformación liberal de 1895.

PRIMERAS REFORMAS

Entre las inquietudes de la lucha, entre las reconvencciones de los unos y las amenazas de los otros, apenas tiene el Poder en sus manos Alfaro emprende en su tarea constructiva, digna de un reformador como él.

Entonces, pone en práctica sus ideales de auténtica democracia; pero los pone en práctica con mesura, con tino, midiendo las circunstancias, sin dejarse empujar por las exageraciones de algunos de sus exaltados partidarios, aunque sin arredrarse por miedo a las consecuencias.

Sabe que el catolicismo se halla arraigado profundamente, a través de cuatro siglos, en la conciencia ecuatoriana. Por eso, se demuestra respetuoso y deferente para con la Iglesia y sus miembros. Su nombramiento de Jefe Supremo lo comunica al Pontífice León XIII, ofreciéndole conservar buenas relaciones con el Vaticano, a lo que Su Santidad le contesta agradecido. Cuando el Arzobispo de Quito, Dr. Pedro Rafael González,

le hace una visita de cortesía ofreciéndole que el Clero no tomará parte en las agitaciones políticas, ofrece a ese elemento toda clase de garantías.

Para que se juzgue la ecuanimidad con que procede, es indispensable reproducir el decálogo de mandamientos que, apenas iniciada su Jefatura, se le quiere imponer por parte de sus correligionarios. Este es:

- 1º—Decreto de manos muertas;
- 2º—Supresión de conventos;
- 3º—Supresión de monasterios;
- 4º—Enseñanza laica y obligatoria;
- 5º—Libertad de los indios;
- 6º—Abolición del Concordato;
- 7º—Secularización eclasiástica;
- 8º—Expulsión del clero extranjero;
- 9º—Ejército fuerte y bien renumerado; y
- 10º—Ferrocarriles al Pacífico.

Alfaro no ejecuta sino lo razonable, y esto mismo a medida que las circunstancias lo permiten, estudiando las reformas debidamente y midiendo las consecuencias que pueden acarrear al país.

Le choca todo aquello que quiera significar superioridad de unos sobre otros sólo en razón del cargo que desempeñan, y suprime los tratamientos de **Excelentísimo** y **Usía** en lo político, civil y militar.

Con ojos de conmiseración se fija en la porción más crecida de la nacionalidad, y el

28 de Agosto de 1895 se expide un Decreto que es uno de los que más le honran; en él se estatuye lo siguiente: "1º—La raza india queda exonerada de la contribución territorial y del trabajo subsidiario. 2º—Las autoridades civiles y militares cuidarán de que se trate a los indios con las consideraciones debidas al ciudadano ecuatoriano, a fin de corregir así los abusos que se han cometido con una raza digna de mejor suerte; y 3º—Establézcanse escuelas especiales para la educación de los indios, a fin de que puedan adquirir los derechos y cumplir los deberes de la ciudadanía. "Así queda el indio incorporado a la civilización por este nuevo Las Casas laico. Con razón hasta ahora el indígena nuestro venera a Alfaro, recordándolo siempre con gratitud.

Otro paso de inmensa trascendencia señala sus reformas. Da participación directa a las mujeres en los asuntos públicos, "elevándola —dice— y suministrándole los medios necesarios de practicar la virtud y de atender a su subsistencia por sus propios esfuerzos y con una honrada independencia". Para comenzar con el ejemplo, reemplaza con mujeres a casi todos los empleados de Correos.

¡Cuánto le debe, pues, a Alfaro la mujer ecuatoriana, que, desde entonces, trabaja y

Eloy Alfaro—13

se engrandece en cargos de importancia! Tiene razón Doña Rosa Borja de Icaza cuando escribe que el feminismo de nuestra nación “es un feminismo consciente y liberal”.

Su actuación alcanza aspectos continentales cuando levanta su voz en favor de Cuba. En conceptuosa carta, llena de muy atinadas reflexiones, se dirige el 19 de Diciembre de 1895 a María Cristina, Reina Regente de España, impetrándole la paz con la república hermana que hace esfuerzos por alcanzar la ansiada independencia y aconsejándole que haga libre a esa colonia para que sea realidad la comunión espiritual de la Madre Patria con América. Cuba ha pagado su deuda de agradecimiento por tan gallardo gesto de solidaridad erigiendo a Alfaro un hermoso monumento, inaugurado en la Habana el 24 de Mayo de 1929. Además, sus escritores —entre los que citaremos a Emeterio S. Santavenia con su libro “Eloy Alfaro y Cuba”— le han consagrado los más justicieros elogios.

Uno de los sueños más fervorosos de Don Eloy es la confraternidad americana. A este fin, se apresura en designar un plenipotenciario ante el Gobierno de Estados Unidos con la especial misión de “ocuparse en dar a los intereses de este Continente, por medio de un Congreso Internacional, toda la fuerza de cohesión de que han menester para la mu-

“tua prosperidad y grandeza de las Naciones del Nuevo Mundo”. En seguida se dirige a todos los Gobiernos de América invitándoles a que cada uno de ellos designe dos Representantes a ese Congreso, cuya sede la señala en la ciudad de México y donde en efecto se realiza.

¿Qué se propone Alfaro con esta reunión? Bien claro lo expresa su Ministro de Relaciones Exteriores, Don Ignacio Robles, en la circular de invitación que con tan laudable objeto dirige a sus colegas del Continente con fecha 26 de Diciembre de 1895: formar, ante todo, un Derecho Público Americano no de simples utopías, sino que cuente con las garantías necesarias para hacerlo respetar cuando llegue el caso, evitándose de ese modo conflictos entre las diferentes naciones e impulsar el comercio y las industrias para la consecución del mutuo engrandecimiento.

Tan noble propósito, lo había venido preparando desde mucho antes, precisamente en esos sus años de ostracismo en que, cuando de uno a otro país, entabla ya con los Mandatarios de ellos las conversaciones preliminares, que, desde luego, son favorablemente atendidas.

Alfaro en toda ocasión, caído o en la cumbre, en la Patria o lejos de ella, no deja de preocuparse de sus altos ideales de paz, progreso y armonía.

LUCHAS DEL AÑO 1896

Con la complacencia de las autoridades vecinas de Colombia, la resistencia conservadora se intensifica en el Norte. Se hace, pues, preciso anonadarla. El 29 de mayo de 1896, ocurre el combate en el lugar denominado "Las Cabras", el cual por ser casi inexpugnable, escogen los conservadores comandados por Ricardo Cornejo y Alejandro Ponce y en el cual son deshechos por los liberales a cuyo frente se hallan Nicanor, Rafael y Celín Arellano en junta de Luciano Coral. Tras cuatro horas de fragor los enemigos se declaran en fuga, dejando ciento cuarenta y siete muertos, veintitrés heridos, ochenta y ocho prisioneros y doscientos fusiles.

Los conservadores del centro de la República, en connivencia con los del austro, levantan también la bandera de la rebelión, dando así origen a innumerables acciones de armas. Enumeraremos sólo las principales.

El 3 de Junio los alfaristas capitaneados por el Coronel Morales derrotan a los conservadores en Chambo; el 16 se repite el encuentro en Sicalpa, con igual resultado. En cambio, el mismo día últimamente citado los reaccionarios, comandados por Antonio Ve-

ga, triunfan en Pangor después de seis horas de resistencia, así como el 18 en Tanquis. El 3 de Julio, los alfaristas, al mando de Leonidas Plaza, obtienen una nueva victoria en los campos de Químiag y Chambo. Y, para no alargar la enumeración, contiendas de menor significación se producen en Chancaguán, Pillaro, Latacunga, Guapante, Patate, Daldal. . . .

Volvamos la vista al Azuay. En Cuenca se hallan acantonados los batallones "Vargas Torres", "Vencedores de Girón" y "Columna Azogues", fuertes, en total, de seiscientas plazas, todos ellos leales al Jefe Supremo. En la mañana del 5 de Julio, doscientos hombres al grito de "¡Viva Vega!" y "¡Viva la Religión!" los atacan desafortunadamente, apoyados por gran parte de la población. Resisten en los cuarteles los alfaristas, pero el ímpetu es incontenible. Se admiran escenas heroicas por parte de mujeres y niños. Los conservadores obtienen bien ganada victoria. Apresan a los principales Jefes y Autoridades, pero, caballerosamente, no ejercen ninguna represalia.

Al darse cuenta Alfaro de que la sublevación del Azuay es de grandes proporciones y que aún puede crecer más, determina ir en persona a debelarla. En efecto, va a Guayaquil, reúne un ejército considerable —que, acaso, pasa de los tres mil hombres, pero

muchos de ellos sin experiencia alguna de la guerra— y con él se embarca hacia Puerto Bolívar, para de allí seguir por Machala y Yunguilla hacia el objetivo de sus operaciones.

Veintidos días dura esa marcha por regiones palúdicas e inclementes. Antonio Vega Muñoz, el impertérrito Coronel azuayo, le espera con decisión en el Portete, donde todo se presta para impedir el avance al adversario. Verdadero estratega, Alfaro finge tomar la vía de “Ventanas”, con lo que desorienta a los conservadores que, así engañados, abandonan sus trincheras inexpugnables para ir a Cumbe a esperar la hipotética aparición del enemigo. Mientras tanto Alfaro, mediante un rodeo, llega a la hacienda da Irquis, lo que determina que Vega y sus tropas se replieguen a Cuenca. Otra nueva maniobra aturde a los conservadores, colocados en línea de batalla y tras pétreas trincheras en los puentes de “El Vado”, “La Juana de Oro” y “Todos Santos”, sobre el río Tomebamba, pues Alfaro no las toma en cuenta, evitando entrar por esos puntos y cruzando el río tres kilómetros al occidente de la ciudad, por San José. De ese modo acampa en “Balsay”. Al día siguiente —22 de Agosto— los conservadores se sitúan en las colinas de Cullca, cuyas zanjas y desigualdades les favorecen grandemente, pero de

allí los desalojan denodadamente los liberales, "tras una brava resistencia", como confiesa el Jefe del Estado Mayor, Coronel Fidel García. Se combate desde las seis de la mañana hasta las siete de la noche. Alfaro pernocta en "El Cebollar", o sea en las goteras de la ciudad, desde donde todavía se hace fuego, pero ya nada intenso durante algunas horas más. Los conservadores envían emisarios a solicitar garantías, las que ampliamente las concede el Jefe Supremo.

A las 11 a. m. del 23 entra a Cuenca el Vencedor. Un silencio absoluto, una soledad impresionante rodean a Alfaro, cuando enhiesto sobre su corcel de guerra desfila por las calles. Todo el vecindario, recluso en las casas, se encuentra temeroso y desconfiado. Es preciso que el Obispo señor León dé el ejemplo de salir, para que otros lo imiten. Don Eloy manda celebrar en la Catedral solemnes honras fúnebres por los quinientos muertos de ambos bandos que quedan en el campo de batalla; lo curioso es que los liberales cuencanos no asisten, para demostrarse más papistas que el Papa; pero allí está Alfaro, con su brillante Estado Mayor y las diversas representaciones de su ejército (1).

(1) Según informa Fr. Alberto M. Torres, O. P., en su libro "Rasgos Patrióticos de Idiosincrasia Cuenca". ofrendaron heroicamente sus vidas en esta jor-

Balsay, indudablemente, es una de las más diamantinas páginas de Gloria que escribe Alfaro al golpe resplandeciente de su espada.

En los días que permanece en Cuenca, Don Eloy conquista muchas simpatías entre sus adversarios. Un día—nos cuenta—que acompañado únicamente de un edecán pasea a caballo por la población, oye con sorpresa, con agradable sorpresa, que un grupo de gentes del pueblo, “que antes eran en masa enemigas nuestras”, le aclama entusiasmado. Aún los mismos frailes y sacerdotes con quienes trata, varían de concepto al conocerlo. El Obispo León consigue su apoyo para la estu-
penda Catedral que se empeña en construir. El mismo Padre Torres, en su valioso libro ya citado, habla de Don Eloy con deferencia, ponderando en él notables cualidades.

Con el laurel de la victoria en las canosas sienes deja Alfaro pacificado el tumultuoso Azuay.

nada, entre otros, los siguientes distinguidos jóvenes azuayos: Antonio Haris Morales, descendiente de los héroes del Pichincha. David Granda Guillén, Carlos A. Córdova Toral, José Cordero Bravo, Luis Arias; Capitanes: Antonio Naranjo, Salvador Neira, José M. Regalado, Nicolás Vélez y Simón Cárdenas.

Cuenca, por ellos, vistió entonces de duelo y venera siempre su memoria.

**PRIMERA ADMINISTRACION
DE ALFARO**

El pavoroso incendio del 5 y 6 de Octubre de 1896 que reduce a cenizas dos mil casas deja innumerables hogares en desamparo, convierte en un montón de escombros a la róspera ciudad de Guayaquil.

Es en medio de esas lamentables ruinas que el 9 de ese mes y año se reúne la Convención Nacional presidida por el doctor Manuel Benigno Cueva, en un principio, y luego por don Abelardo Moncayo, la que ratifica todos los decretos de Alfaro y nombra a éste Presidente Provisional.

Como este corto período se une inmediatamente a la Presidencia Constitucional—a la que asciende el 17 de Enero de 1897—resumiremos en un solo capítulo la acción benéfica que desarrolla Don Eloy en su primera administración.

La oposición arrecia sobre él. Conservadores, clérigos y hasta los mismos liberales se cansan en su política adversa. Como un ejemplo citaremos el caso del doctor José

Peralta que, desde Cuenca, escribe una carta al doctor D. José M. Carbo A., de Guayaquil proponiéndole abandonar a Alfaro como Jefe del Liberalismo. ¿Qué causa alega para tan insólito proceder?: el que “el sentir de las mayorías en todo el Interior es adverso a nuestro Caudillo”. Razón de sinrazones! Y no sólo es Peralta, sino Juan Benigno Vela, Gabriel Ullauri, Modesto Peñaherrera los que se oponen a muchos de sus proyectos.

Los movimientos revolucionarios tampoco cejan. Y es preciso debelarlos en Sancajas, Cajabamba, en Riobamba, en Taya, en Guangoloma

Ya con el arma, ya con la pluma o por medio de la pirotecnia oratoria se inyecta odio al liberalismo en la sangre del pueblo ecuatoriano.

Alfaro—puede afirmarse—gobierna cercado de enemigos. Sus verdaderos partidarios son escasos y, entre éstos, pocos los capaces de secundar sus propósitos. “Hay que notar—dice Oscar Efrén Reyes—que, durante los primeros cinco años del liberalismo dominante, es Alfaro quien tiene que realizar las cosas por sí solo”.

Muchas de sus ideas no se llevan a cabo porque chocan contra el escollo de la indiferencia o de la mala voluntad de los que están obligados a cooperar en su obra. “Quería —

expresa don Belisario Quevedo—los fines de una buena y progresista administración, como ferrocarriles, modernización de la enseñanza, fomento de la agricultura y de las industrias, mejoramiento de la raza indígena, etc., pero confiaba la persecución de estos fines, la realización de los medios, a Ministros y subalternos, que, en la mayoría de los casos, no poseían el patriotismo, el desinterés ni el amor a la gloria que guiaba al Jefe”

Sin embargo, así, combatido y solo, es trascendente y profunda la labor que realiza.

Procede con tino y con un criterio que confía en la evolución razonada y lenta de los fenómenos sociales y políticos. Para sus reformas no deja de tomar en cuenta la psicología y la cultura del pueblo. Así en la Constitución que se dicta en la Convención de 1897 se garantiza la libertad de cultos; pero se reconoce que la religión católica es la de la República y que los Poderes Públicos están obligados a protegerla y hacerla respetar. No se les excluye de la Legislatura a los miembros del Clero. Se llega también a abolir la pena de muerte para los delitos políticos y comunes. Todo esto revela un espíritu de tolerancia que busca la paz y la fraternidad de los ciudadanos.

Dentro de lo económico, Alfaro es el que tiende los rieles para la unión entre la Cos-

Eloy Alfaro—14

ta y la Sierra. El ferrocarril iniciado por García Moreno desde Yaguachi, llevado de allí hasta Durán por Caamaño y proseguido hasta Chimbo por Veintemilla, lo continúa don Eloy con una constancia admirable, con una energía que se sobrepone a todos los obstáculos. Al final de su período deja los trabajos sumamente adelantados: la enrielladura avanza hasta Naranjapata, se ha reconstruido la sección Durán-Chimbo, la construcción de terraplenes llega a Guamote y desde este punto a Quito están listos los estudios y el trazado de la línea. Y esta obra sólo provoca los flechazos de la prensa incomprensiva y las calumnias de conservadores y liberales. Todos tildan a este empeño de descabellado y todos ven en él sólo un pretexto para fantásticas negociaciones; ninguno alcanza a comprender las ventajas que de la obra se derivan, como la refundición de la deuda externa hecha con bonos del ferrocarril, la unión de los diferentes sectores de la Nación, el incremento del comercio y la fuente de riqueza que representarán al Erario. Todos, repetimos, con esa maldad innata en el común de los mortales, sospechan una sed de oro en el Primer Mandatario; pero éste, que ya ha dado pruebas repetidas de su desinterés, una vez más lo hace ostensible al retirarse en franca pobreza del solio presidencial.

En el plano cultural, así mismo, arroja la simiente con mano generosa, como sólo lo hace quien tiene una clara visión del futuro y quien se empeñe en cultivar las potencialidades anímicas y técnicas que se convierten en realidades halagüeñas en el porvenir. Funda los Colegios "Mejía", "Olmedo", "Juan Montalvo", "Manuela Cañizares". Presta interés especial a la mejora de las instituciones armadas —en las que la nacionalidad tiene su principal sostén—; establece la Escuela Militar y la Escuela Naval y trae una misión de instructores chilenos para su mejor organización. Crea también una Escuela de Veterinaria, como un apoyo para las faenas agrícolas.

En el campo social es el primer feminista, pues reconoce y perfecciona los derechos de la mujer, franqueándole el paso para el ingreso a la carrera burocrática. Espíritu justiciero, se declara protector del indio, aboliendo los tributos que pesan sobre éste.

En el Congreso de 1900 se secularizan las instituciones oficiales, se da la Ley de Patronato y se llega a la separación de la Iglesia y del Estado. Débese dejar constancia aquí del proceder del ilustre Obispo de Ibarra y luego Arzobispo de Quito, doctor Federico González Suárez, quien, aunque siempre defiende con entereza los verdaderos intereses de la Religión, muéstrase enemigo de que el

Clero intervenga en política y, severo y esforzado, guía a su rebaño por el camino de la paz. ¶ De esa su labor patriótica el excelsa Prelado no cosecha sino calumnias: el eterno pago para todos los que se elevan sobre la mediocridad del sentir y del pensar. ¶ Aún hasta ahora se le acusa—y un libro reciente del doctor Wilfrido Loor renueva en estos días la imputación—de que él, oponiéndose a todo movimiento armado, es el que permite el entronizamiento del liberalismo, pues de lo contrario, es decir, si azuzara esas tendencias, se habría obtenido derrocarlo. La conducta ecuaníme del señor González Suárez es beneficiosa para el país en sumo grado, pues ella trae tranquilidad a los espíritus, sosiega los ánimos y permite que el orden constituido siga su curso normal.

¶ El 31 de Agosto de 1901 concluye su período presidencial Alfaro. “Me separé—exclama—con la satisfacción de haber cumplido con mi deber en todo cuanto humanamente estuvo al alcance de mi patriotismo”. Repercute en estas palabras un hondo acento de verdad. ¶

0

PLAZA Y EL LIBERALISMO

Al retirarse Alfaro, un cúmulo de vacilaciones invade a los liberales respecto a su sucesor, el que debe tener la energía necesaria para continuar la labor doctrinaria de aquel.

Descartadas las candidaturas del General Manuel Antonio Franco y del señor Lizardo García, ungido por la aquiescencia oficial y con la mayoría de votos en las urnas electorales sale electo Presidente el General Leonidas Plaza Gutiérrez, quien comienza el desempeño de sus funciones el 1º de Septiembre de 1901 y las concluye el 31 de Agosto de 1905.

Plaza entra por la puerta que abre a fuerza de voluntad y heroísmo el Viejo Luchador. Plaza adviene al tiempo de la recolección de lo sembrado por aquel.

La Ley de Matrimonio Civil, la Ley de Divorcio, la Ley de Cultos y la Ley de Beneficencia, dictadas en el Gobierno de Plaza, se

levantan sobre los cimientos hechos por Alfaro.

No corresponde hablar en estas páginas de las desavenencias que surgen en la época que historiamos entre Alfaro y Plaza. Réstanos únicamente decir que, dentro del terreno ideológico, es preciso juntarlos, pues el uno es continuador del otro, debiéndose a ambos la evolución de la doctrina liberal.

**SEGUNDA ADMINISTRACION
DE ALFARO**

A Plaza le sucede Don Lizardo García. Este ejerce fugazmente el Poder, sólo desde el 1º de Septiembre de 1905 al 15 de Enero de 1906: un golpe de Estado lo derroca, proclamando Jefe Supremo a Don Eloy Alfaro, quien adopta esa actitud creyendo en peligro las instituciones liberales.

La historia no ha justificado este paso, aceptándolo —como dice Pío Jaramillo Alvarado— sólo como un hecho consumado. En concepto de Alfaro —y éste es su leal convencimiento en esos momentos— considera de tanta necesidad e importancia su agresión a García que llega a calificar la batalla de Chasqui, que para lograr su propósito sostiene con las fuerzas constitucionales, como digno complemento de la jornada del 5 de junio de 1895.

El ambiente que encuentra Alfaro en su segundo período es de una oposición más tenaz aún que la anterior. Personas de prestancia, pertenecientes al Clero, al partido conservador y al mismo liberalismo, le ha



cen blanco de sus ataques. Entre esos citaremos a González Suárez, Luis Felipe Borja, Juan Benigno Vela, Gonzalo S. Córdova, Miguel Valverde, José Eleodoro y Francisco de Paula Avilés, etc.

La prensa no se cansa de combatir los proyectos de su Gobierno. El contrato Charnacé para construir un ferrocarril al oriente a cambio de 35.000 hectáreas de terreno por cada kilómetro de vía, enciende los ánimos para la lucha.

Prepárase la oposición para llevar elemento combativo a las Cámaras, con los fines que es de suponer. Alfaro no consiente este paso. El 25 de Abril de 1907, la caballería, sable en mano, pone en fuga, en las calles de Quito a los sufragantes, entre los cuales se encuentran dos universitarios distinguidos: Belisario Quevedo y Pablo Aurelio Dávila. Hay también algunas víctimas a bala. En vano el gobierno se defiende en un violento folleto que publica, culpando de todo a los profesores de la Universidad Central por haber estimulado a sus alumnos a la rebelión. Protestan éstos, protesta el Tribunal de Cuentas y protesta la Corte Superior. Lo cierto que este triste episodio deja profundos resquemores en el pueblo, principalmente en la juventud.

Luego de estos sucesos, las resistencias crecen y se intensifican en toda la clase uni-

versitaria del país. En Guayaquil se conspira en los cuarteles con el propósito de hacer desaparecer a Alfaro. En efecto, el 19 de Julio de 1907, cuando el Presidente visita ese puerto, se quiere asesinarlo, mas sólo logran victimar a la guardia de la Gobernación. El Jefe de la Nación, airado, comprendiendo que vive rodeado de lobos, ordena las represalias. Ocho conjurados pagan con la vida el intento, a los demás se los sepulta en el Panóptico.

La oposición no desmaya, el dicterio truena todos los días en varios órganos periodísticos, tales como "La Prensa", redactada por Luis Napoleón Dillon, y "El Guante", tribuna de Manue J. Calle, los que, por largo tiempo, siguen en su compañía hasta que un día son víctimas de la soldadesca.

¡ La política es un volcán en actividad! El odio y la venganza luchan como selváticas fieras! Mas, adviene el año 1910, el año de veras heroico en nuestra historia. El pleito limítrofe con el Perú llega a un punto crítico. Se había acordado someterlo al arbitraje del Rey de España; pero el Consejo de Estado español se inclina a la causa del Perú, lo que motiva la exaltación patriótica de nuestro pueblo. Al grito "¡Tumbez—Marañón o la Guerra!" se ponen todos los ciudadanos sobre las armas.

González Suárez, voz autorizada y elocuente, impele a los ecuatorianos al campo de ba-

talla, para dirimir el viejo pleito. Alfaro con sin igual patriotismo y fervor, llama todos los ciudadanos a la defensa de los derechos territoriales. Todos acuden. Los organiza, los arma y —él a la cabeza— se alistan y marchan a la pelea.

Alfaro se coloca en una altísima cumbre. Es el invencible Aquiles, en cuya alma confía todo el pueblo. Es el que va a conducir a su ejército hasta los muros de Troya. Nadie desconfía de él. Lo contemplan y sueñan con la gloria. Pero surge lo imprevisto, lo que no quería el Ilm. González Suárez: el Ecuador se deja atar en los hilos de la diplomacia... El Rey de España se inhibe de dictar el Laudo Arbitral y nuestra Patria, creyéndose entonces vencedora, marcha a su definitivo fracaso...

La concordia que en ese momento de peligro reina en el país, vuelve a eclipsarse y tornan las rencillas de casa, movidas por menguadas pasiones. La prensa reanuda su diluvio de injurias. Todo hace presentir una hecatombe.

Y Un ciego coraje se impone sobre las mayorías, a tal punto que les impide reconocer en esos momentos todo lo bueno que realiza en esta segunda administración Alfaro: se olvida que, el 25 de Junio de 1908, corona su excelsa aspiración de unir "las cumbres de los Andes con las orillas del mar", como dice

satisfecho a la llegada del ferrocarril en la Capital; se olvida el éxito magnífico de la Exposición Internacional y más festejos que se celebran con motivo de cumplirse cien años de nuestra emancipación política; se olvida todo lo que acaba de hacer en favor de la doctrina liberal al dictar una nueva Carta Fundamental del Estado, al declarar laica la enseñanza, al dar otras normas dentro de los Códigos de Procedimiento Criminal, de Policía, de Comercio. . . .

Alfaro va a cesar en el Poder. Parece haber llegado la tarde de su existencia. Abatido, desilusionado y pobre, inclínase al ocaso. Estrada va a sucederle, pero se sabe que tiene minada su vida. Se teme el pronto y fatal desenlace de ella.

La oposición cree adivinar en Alfaro la intención de continuar en el Poder. Se inquieta y se alarma. Y el 11 de Agosto de 1911 los cuarteles de Quito se rebelan. Alfaro por insinuación del Ayuntamiento capitalino, dimite el mando y marcha a Panamá, no sin antes declarar: "Si he cumplido mi deber, lo dirá la Historia; pero mis intenciones no han sido otras que servir al país, lealmente y sin ahorrar sacrificios. Lejos de mí la vulgar idea de aspirar a la Dictadura y perpetuarme en el Poder; almas como la mía tienen más elevadas aspiraciones y no las mueve sino el amor desinteresado de la Patria" }

Dos de sus más leales Tenientes, los Generales Ulpiano Páez y Pedro Montero, que cuentan con un ejército a sus órdenes, quieren defenderlo y restituirlo al Solio pero Alfaro ordena no hacerlo, en aras de la paz.

ALFARO EN GUAYAQUIL

Alfaro—15

Don Emilio Estrada se hace cargo de la Presidencia de la República el 1º de Septiembre de 1911, falleciendo repentinamente antes de los cuatro meses —el 21 de Diciembre— lo que produce el caos en nuestra política.

El liberalismo tiembla ante el posible retorno del conservatismo. Nadie sabe el paso que debe dar para salir del laberinto. El General Pedro Montero se pone sobre las armas, proclamándose Jefe Supremo en Guayaquil, pero no con intenciones de seguir en ese puesto, sino de cederlo a Alfaro, a quien llama, instándole que regrese al Ecuador. Don Eloy vacila. Acaso un sombrío presentimiento cruza por su frente, pero, siendo propio de su temperamento no rehuir el peligro, acepta la apremiante invitación.

El 4 de Enero arriba a Guayaquil Alfaro. Con su profunda experiencia se da cuenta en seguida de lo espantoso de la situación. Mas es ya tarde para retroceder en lo hecho, y se resuelve a afrontar lo que venga.

El Vice-Presidente, Encargado del Mando, Dr. Carlos Freile Zaldumbide comisiona a los Generales Julio Andrade y Leonidas Plaza para que sofoquen la revolución. Los rebeldes tratan de avanzar a Quito, los gobiernistas quieren hacerlo hacia Guayaquil. Y el choque, tres veces repetido, es formidable. El 11 de Enero de 1912, Andrade derrota en Huigra a las fuerzas del Coronel Belisario V. Torres; días después, Plaza hace lo mismo en Naranjito con las de León Valles y luego —el 18— en Yaguachi con las de Flavio Alfaro. Tres mil muertos es el saldo lúgubre de esa matanza fratricida. El duelo, la miseria visitan innumerables hogares, poblándolos de lágrimas y quejas.

Alfaro toma entonces el Mando Supremo a fin de hacer la paz y evitar mayores desastres. Podría continuar la lucha: tiene hombres y armas a su disposición. El peligro, la guerra es su ambiente. El miedo no lo conoce. El arrojo es lo único que palpita en su noble y generoso pecho. Pero, en esta ocasión, no quiere el sacrificio de los suyos. Se resiste a ordenar que se desaten nuevos y arrolladores ríos de sangre. Siente, acaso, la desilusión de la lucha. Está, quizá, desencantado de la política. Tiene, tal vez, desconfianza de los hombres. ¡No quiere luchar! Ha llegado ya la hora de las penumbras que invitan al reposo.

Guiado por este sentimiento de serenidad, acepta un tratado de paz, que se discute en Durán, en donde se encuentran las tropas de Plaza. Este convenio se formaliza debidamente, el 22 de Enero, entre los Jefes de las fuerzas del Gobierno y los Delegados Consulares de Estados Unidos e Inglaterra, representantes de las tropas de Alfaro. Garantías, mutuas obligaciones se estipulan en dicho pacto, mediante el cual pueden entrar en Guayaquil Plaza y los suyos, disolviéndose los rebeldes, luego de entregar los elementos de guerra.

Alfaro debe regresar a Panamá a terminar sus días bajo el cariñoso amparo de su hogar. Sin embargo, no suceden los hechos como se conviene solemnemente. El tratado, como todos los tratados, se lo rompe, se lo viola; luego de que los rebeldes deponen las armas, Eloy Alfaro es apresado, internándolo en el Batallón "Marañón", comandado por el Coronel Sierra. Igual suerte corren los Generales Flavio y Medardo Alfaro, Pedro Montero, Ulpiano Páez, Manuel Serrano y otros militares de alta graduación.

Viene la confusión, el caos, la anarquía. El populacho, mezclado con las tropas triunfantes y estimuladas por las mismas, transfórmase en fiera contra los Jefes de la revolución, los ídolos de ayer y las presas que ansían hoy. Atruenan las calles con gritos sal-

viajes que revelan las intenciones perversas de las que está animado.

La prensa, la mayor parte de la prensa, con violencia inaudita, ciega de venganza, continúa en su labor de soliviantar al pueblo para que ejecute lo que ella llama las sanciones. Ecos de esa pasión sin freno se oyen en medio de la turba que, cada vez más, llega al delirio, a la ebriedad de la pasión insana.

Se produce, al fin, uno de los momentos catastróficos de la infame tragedia. Un Consejo de Guerra verbal juzga a Montero el 26, condenándolo a ser degradado y a guardar prisión de diez y seis años. En ese mismo momento lo hiere un balazo en el pecho, luego otro en la cabeza. Ha muerto, pero eso no es suficiente para la multitud que se apodera del cadáver, lo arrastra por las calles de Guayaquil, lo mutila y finalmente lo incinera.

Sus compañeros se ven en peligro igual. Las amenazas se multiplican. La sed de sangre les enloquece a los enemigos. Preténde-se hacer con Alfaro lo mismo que con Montero; mas el valor y caballerosidad del General Julio Andrade lo salva: este militar de alma noble y grande, desnuda su espada y, airoso y resuelto, contiene a la manada de hienas, y, en persona, conduce a Don Eloy a la Casa de Gobierno para resguardar de ese modo su vida, que se encuentra amenazada. Se coloca en la improvisada prisión una guardia

de jóvenes azuayos, cultos y sin prevenciones de ningún género, para que impida el acceso al interior de las turbas aullantes y enfurecidas.

En medio de este ambiente de agitación se pretende conducir a los presos a un cuartel que queda en las afueras de la ciudad. Julio Andrade, juzgando que ésta sería una medida imprudente, se opone a ella y consigue que los Jefes revolucionarios permanezcan en el mismo lugar.

El día 27, a la madrugada, de acuerdo con órdenes superiores, los presos son embarcados para Durán, donde los espera un tren especial que los conduzca a la Capital, custodiados por los enfurecidos soldados del batallón "Marañón", a órdenes del Coronel Sierra.

Ir a Quito, en esos momentos, equivale ir a buscar la muerte. Nadie ignora esto. Tanto es así que el Dr. Luis Cordero —que en esos momentos hállase en agonía en Cuenca— al saber que a los Jefes revolucionarios se los conduce a la Capital, previendo lo que sucederá, exclama consternado: "¡Están perdidos!".

Alfaro también lo sabe. Por eso, en cuanto se mira en el tren y comprende a donde va,

traduce su sentir en un grito desesperado, que es de rebelión y de ansia impotente al mismo tiempo: "¡Deben fusilarnos aquí!".

Pero nadie lo oye. Y la locomotora parte, llevándolo lejos, hacia la altura, hacia su destino.

MUERTE DE ALFARO

En Quito, la conciencia del pueblo está exaltada por la prensa que, ya sin disimulos, propugna el crimen y la masacre. "La Prensa" expresa —refiriéndose a Alfaro— que es una víbora "y a esta víbora es preciso triturarla". "El Comercio" prorrumpe que es la ocasión de "acabar de una vez para siempre con todos estos elementos nocivos para la República". "La Constitución" —diario oficial— declara que "es imposible la vuelta del alfarismo en el Ecuador, y si él viene será para que el pueblo de Quito haga con esa gente lo que el pueblo de Lima hizo con los Gutiérrez";

Imposible es exteriorizar más claramente los sentimientos de quienes así escriben.

Los conservadores —encabezados por los Jijón, Flores, Gangotena, Artetas, etc.— piden se los traiga a la Capital "para ejemplar sanción de justicia y honor de la República". Los liberales, por boca del Dr. Juan Benigno Vela aconsejan al General Plaza

“que deje pesar la justicia de Dios, que remita los presos a Quito, que no se enajene la voluntad de los pueblos”. La guarnición militar de Guaranda es más explícita, y pide “que los prisioneros sean pasados por las armas como traidores”.

El Gobierno da órdenes y contra órdenes. Asustado, Freile dirige algunos telegramas ordenando el regreso a Guayaquil; mas, por último, declina toda su responsabilidad en el Coronel Sierra... y este entra a Quito.

El pueblo se agita en forma inusitada y amenazante; personas interesadas en ello explotan la circunstancia de que él está con esa tremenda llaga abierta de la muerte de innumerables deudos en los campos de Huirga, Naranjito y Yaguachi. Los políticos tienen otros fines.

En la hora de plenitud de un día de fiesta. Conducidos en automóviles, con desplegamiento de escoltas y en circunstancias en que gran muchedumbre se agolpa allí al anuncio de la próxima entrada triunfal de Julio Andrade, se hace llegar a Alfaro y sus compañeros en la Estación de Chimbacalle. Estos atraviesan gran trecho de la ciudad, siendo insultados por el populacho, que aumenta a medida que transcurre el tiempo.

Se acercan a la Penitenciaría, que está lo suficientemente resguardada por la fuerza, pues ochenta soldados de línea la custodian.

Caiga eterno baldón sobre los que victiman al Padre del Liberalismo, al Varón que se sacrifica por la Patria, al que enseña lo que es Libertad e Igualdad: a una de las verdaderas cumbres del Ecuador, cuyo nombre se halla escrito para siempre en las dípticas de las celebridades americanas.

Se acercan a la Penitenciaría, que está lo
suficientemente resguardada por la fuerza,
pues ochenta soldados de línea la custodian.

EPILOGO

La vida de Alfaro, como pocas entre nosotros, es fecunda en grandes bienes para el Ecuador.

Espíritu soñador, se agita incansable por la realización de los grandes ideales. No se contenta con buscar un orden, una armonía relativa.

Comprensor de lo que es un Estado, sus deberes, sus garantías; comprensor, asimismo, del alma del mundo en su época y atento a las voces de los pueblos que piden luz, siempre luz para su inteligencia y su espíritu, se propone una renovación desde los cimientos para levantar sobre ellos una democracia de igualdad, fraternidad y libertad, la tríade de los Enciclopedistas que enrumba a la humanidad por el camino de honor de la vida.

Obra vertical, nueva, trascendente es la suya: liberta a la conciencia de los yugos del dogmatismo, reconoce el imperio de la razón, deslinda los campos de la Religión y la Patria.

En el plano educacional garantiza la libertad de conciencia del educando, intensifica su acción y la encauza por el camino de la técnica.

Bajo otro aspecto, Alfaro sabe que el auge de un pueblo es fruto de un estrecho mari-

daje de civilización y cultura, y no descuida ninguna de estos aspectos integrantes de la compleja vida del Estado.

Es un comprensor de las necesidades del momento y un vidente de las necesidades del futuro. Caminos, carreteras, ferrocarriles, no sólo los considera arterias para la vitalización del organismo nacional, sino también como lazos de unión para mantener palpitante, una e indivisible, el alma del pueblo ecuatoriano.

Su política no peca de estrechez nacionalista; por el contrario con mirajes ecuménicos, preocupase en todo momento de colocar a nuestra Patria en puesto de altitud. Nunca se ha de olvidar la actitud homérica que asume en 1910, cuando el conflicto con el Perú: con voz henchida de entusiasmo y patriotismo llama a las armas a los ciudadanos todos, y él mismo se alista a empuñar su gloriosa espada y marchar al campo de batalla para la defensa de nuestros sagrados derechos.

Y esta vida ejemplar, toda ella dedicada al sacrificio y al ideal, no goza de las tranquilas dulzuras del ocaso que se hunde en las quietudes de la noche. Su epílogo es la crepitante hoguera: extraña simbología de su espíritu, que es llama viva en la conciencia nacional.

F I N



INDICE

	Páginas
El Decreto	7
Algunas opiniones	9
INTRODUCCION	15
 ELOY ALFARO	
El Héroe	21
Los comienzos	27
Dominación garciana	35
Las primeras armas	41
Nuevos esfuerzos por la libertad	47
Años de absolutismo	53
En el destierro	59
Alfaro y Montalvo	65
Muerte del Dictador	71
Presidencia de Borrero	75
Advenimiento de Veintemilla	81
Oferta alucinadora	87
Nuevo descalabro	91
Campaña de Pianguapi	<u>95</u>
La Restauración	101
El 9 de Julio de 1883	109
Desinterés de Alfaro	115
La epopeya de Jaramijó	<u>121</u>
Caamãño	129

Páginas

Administración de Flores	133
Figuración continental de Alfaro	139
Presidencia de Cordero	145
5 de Junio de 1895	151
Alfaro en Guayaquil	159
Triunfos de Chimbo y de Gatazo	165
Combate de Girón	175
Entrada de Alfaro en Quito	181
Las Jornadas de Caranqui y Chapués	185
Primeras reformas	189
Luchas del año 1896	197
Primera administración de Alfaro	205
Plaza y el liberalismo	213
Segunda administración de Alfaro	217
Alfaro en Guayaquil	225
Muerte de Alfaro	235
Epitafio	241

ESTE LIBRO SE TERMINO DE
IMPRIMIR EN LOS TALLERES
GRAFICOS DE EDUCACION.
EL DIA 6 DE
DICIEMBRE DE 1942.

ILUSTRO LA PORTADA EL Sr.
CARLOS A. RODRIGUEZ

El autor agradecerá el
canje y envío de cual-
quier comentario a esta
obra.



OBRAS DEL AUTOR:

“Alba Otoñal”.—Poemas

POR PUBLICARSE:

“Rondador”.—Poemas en prosa

“La Chulla Quiteña”.—Novela



